



ALEJANDRO KORN

JUAN PEREZ

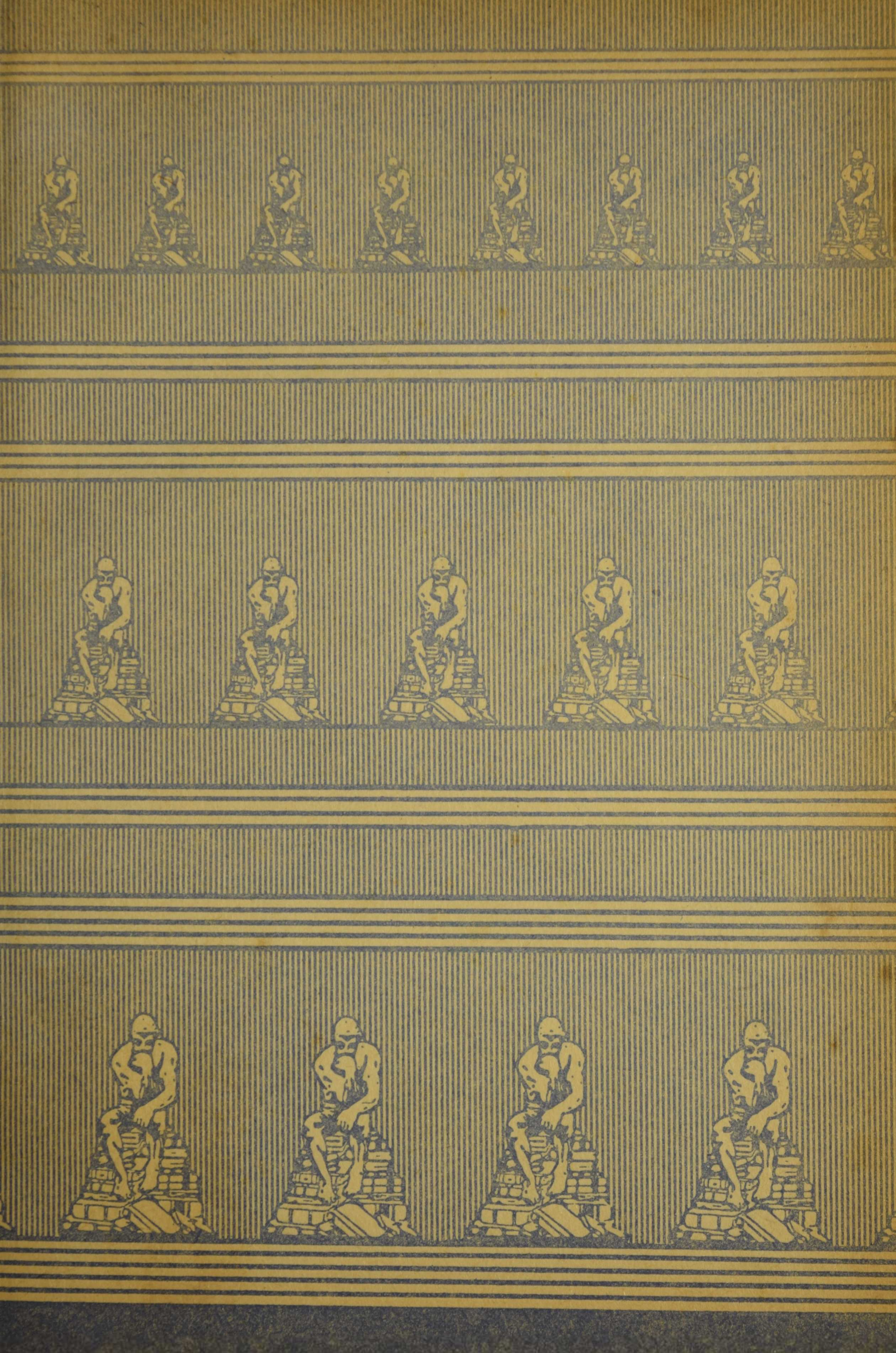
NOVELA INEDITA

Estudio preliminar de ELSA TABERNIG



BUENOS AIRES





JUAN PÉREZ

JUAN PÉREZ, novela inédita, fue escrita por Alejandro Korn cuando era, en su juventud, a fines del siglo pasado, médico de campaña en el pago de Ranchos, en la provincia de Buenos Aires.

Tal como lo señala Elsa Tabernig en el estudio que inicia este volumen, estas páginas hasta ahora desconocidas contienen elementos importantes para reconstruir la personalidad total del autor y apuntan anticipaciones de ideas que cristalizaron en la obra de la madurez del filósofo de *La Libertad Creadora*. Muestran un esfuerzo de colaboración en el programa literario de la generación del 80 y reflejan con valor documental un momento en que, después de la conquista del desierto, la pampa se integra en una nueva estructura económica y social.

* * *

La fotografía de Alejandro Korn que aparece en la cubierta de este volumen corresponde a la época en que escribió Juan Pérez, hacia el año 1884.

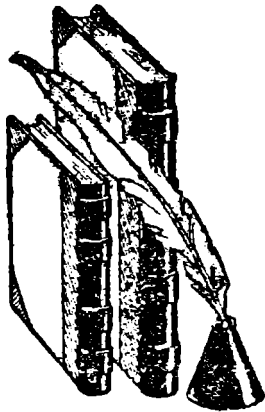
Para Antonio Coca
20, ordiamente,
Buenos Aires XI 1974
Raul Esteves

RAUL ESTEVES

JUAN PEREZ

BIBLIOTECA DE
JOYAS LITERARIAS

V O L U M E N 6



EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
DIRECTOR GENERAL: ANTONIO ZAMORA
OFIC. Y TALL.: SAN JOSÉ 1621/45--BS. AS.

Alejandro Korn

JUAN PEREZ

NOVELA INEDITA

Con un estudio preliminar de
ELSA TABERNIG



BUENOS AIRES

Primera edición, octubre de 1963



Derechos reservados para el idioma español.
Copyright © by EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
Impreso en la Argentina. — Printed in Argentine.
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

INDICE

<i>Juan Pérez, novela inédita de Alejandro Korn,</i> por Elsa Taberning	7
I. — Cinco leguas por delante	39
II. — Un rayo de luz	57
III. — En vísperas del triunfo	89
IV. — Domingo de elecciones	105
V. — Hacia el campo abierto	123

JUAN PEREZ

NOVELA INEDITA DE ALEJANDRO KORN

Por ELSA TABERNIG

Poco se conoce de la producción literaria de Alejandro Korn. Sin embargo, el escritor precedió al filósofo y lo acompañó durante toda su vida. Muchas poesías en alemán y en castellano, cuentos, novelas, crónicas que jalonan su existencia, no trascendieron el círculo de sus amigos y permanecen aún sustraídas al público. Esa obra desconocida entraña un valor: contiene elementos importantes para reconstruir la personalidad total del autor y, en muchos casos, ofrece indicios de preocupaciones que cristalizaron en la labor filosófica (1).

Desde la infancia, gravitaron sobre Alejandro Korn dos influencias: la de su culto hogar extranjero —era hijo de un médico alemán y de madre suiza— y la del campo bonaerense, en que nació y creció. La divisa que

(1) Se conservan los siguientes escritos literarios de Alejandro Korn: *Juan Pérez*, novela inédita compuesta alrededor del año 1884; hay una copia dactilografiada del año 1910, en la que el autor agregó un epígrafe a cada capítulo. (Dato proporcionado por Guillermo Korn, hijo de Alejandro Korn). *Poemas*, en alemán, de 1880-1895, inéditos. (Una parte ha sido publicada y traducida al castellano por Ernesto Palacio, Instituto de Estudios Germánicos de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires, 1942). *Eusebia*, cuento inédito, compuesto hacia 1900. *Cinco sonetos religiosos*: El espacio, la naturaleza, la vida, la verdad, el dolor; publicados en la revista *Libertad Creadora*, La Plata, 1938, Nº 2. *Soneto a Mar del Plata*, año 1825, reproducido en *Alejandro Korn, mi padre*, por Inés Korn, publicado en *Revista de la Universidad*, La Plata, Nº 5. *Soneto al Uritorco*, inédito, s/a. *Viaje a Chile*, crónica de viaje, s/a. *El rabo del cerdo*, cuento inédito, s/a. *El Paseo de Julio*, fragmento de una novela sobre la inmigración, inédito, s/a.

ELSA TABERNIG

adoptó el hombre maduro para su *ex libris*: “Mente latina, corazón germano”, alude a la vivencia de esos dos influjos conjugados. Educado en el espíritu europeo, el niño se familiarizó con las letras alemanas al mismo tiempo que con los hábitos rurales de su ambiente. Los años de estudio en la ciudad de Buenos Aires coincidieron con una época de intensa actividad de encauzamiento político y cultural del país. El joven tuvo oportunidad de ampliar su horizonte literario y su visión de la historia. Tomó contacto con intelectuales adictos a la política liberal del general Roca; colaboró en la *Biblioteca Popular de Buenos Aires*, dirigida por Miguel Navarro Viola y editada por Enrique Navarro Viola, traduciendo para ella novelas y biografías ⁽²⁾, y redactó notas y comentarios para el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* ⁽³⁾.

Por aquellos años, en la Argentina las letras todavía no constituían una profesión ni una carrera. Mucho menos un medio de subsistencia. Ocupaban “los ocios, dice A. Navarro Viola, con escaso estímulo a veces, de abogados, médicos, militares” ⁽⁴⁾. En su empeño de “enriquecer la exigua literatura de nuestra patria” ⁽⁵⁾,

(2) Para la “Biblioteca Popular de Buenos Aires”, tradujo del alemán: *La hermana*, novela de L. B. Schücking, precedida de apuntes bibliográficos sobre el autor, 1879; *El gentilhomme pobre*, novela de E. Conscience, 1880; *L'Arrabiata*, novela de Paul Heyse, 1880; *Washington*, obra del Dr. E. Stockmann, 1880; *Nuestra Señora de las Olas*, novela de Karl Elder, 1881. Tradujo más tarde, *El credo epicúreo de Juan Hirsuto*, de Schelling, que publicó en la revista *Valoraciones*, La Plata, 1926, N° 9. Existe además una versión en verso de un fragmento de *Rig Veda*: “El Génesis”.

(3) Alberto Navarro Viola, amigo de Korn, fue el fundador y director del *Anuario*, publicado desde 1879 hasta 1887. Esta obra constituye la crónica más completa sobre la literatura nacional y la extranjera traducida al español en esos años. (Para el presente trabajo se consultó, en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Plata, una edición del *Anuario*, cuyo primer tomo está dedicado de puño y letra de A. Navarro Viola a Domingo F. Sarmiento).

(4) y (5) A. Navarro Viola, en el prólogo al *Anuario* del año 1881.

J U A N P É R E Z

la generación del 80 —como se llamó más tarde a los intelectuales que actuaron entre 1880 y 1895— tenía ideas muy claras sobre lo que le faltaba a la literatura nacional y sobre el valor de los esfuerzos personales por mejorarla. Martín García Merou, después de explicar la diferencia entre “hombre de letras” —la persona dedicada al estudio de ciertas ramas de conocimientos literarios —y “literato”, que es algo más, pues implica cualidades de escritor con grandes condiciones, estilo, buen gusto, declaró que había “pocos literatos argentinos” (6). Y en lo que se refiere a la novela, Ernesto Quesada afirmaba en 1884 que “todos los autores están concordes en colocar a la novela en el primer rango de las variadas producciones de la literatura moderna. Sólo se ufanan en tener grandes novelistas los pueblos que poseen literatura gloriosa ya, y cuya civilización ha alcanzado extraordinario desenvolvimiento. La literatura argentina, salvo raras excepciones, ha ofrecido el curioso fenómeno de carecer casi por completo de novelistas” (7).

No obstante fueron muchos los que entre 1880 y 1890 abordaron el género novela, dispuestos a renovar la técnica tomando por modelo a Flaubert, Daudet y Zola y orientando los temas hacia asuntos nacionales: Julio Llanos escribió *Arturo Sierra*, de ambiente gauchesco; Antonio Argerich presentó la vida de una familia de inmigrantes en la novela naturalista *Inocentes y culpables*; el combativo Eugenio Cambacérès denunció abusos, corrupción y fraudes en relatos reunidos ulteriormente bajo el título de *Silbidos de un vago*, y en

(6) *Anuario*, 1879.

(7) Recogido en *Reseñas y críticas*, ed. Lajouane, Buenos Aires, 1893. Ricardo Rojas corroboró esta opinión en la *Historia de la Literatura Argentina*: “Hasta 1880 la novela fue el género más retardado y pobre de nuestra literatura y no daba respetabilidad a los que la cultivaban”.

ELSA TABERNIG

la novela *Sin Rumbo*; Lucio V. López analizó el ambiente porteño en *La gran aldea*; Manuel Podestá pintó crudos cuadros de hospital en *Irresponsable*; Miguel Cané enhebró recuerdos de la vida estudiantil en *Juvenilia*; Paul Groussac, asimilado al medio, publicó *Fruto Vedado*; Segundo Villafañe dio un cuadro de costumbres rurales en *Lino Velázquez*; Martín García Merou contribuyó con la novela *Ley social*. Por esos años Alejandro Korn compuso *Juan Pérez*, novela destinada, como muchos otros de sus escritos, a permanecer inédita.

En general la crítica siguió siendo muy severa en sus juicios sobre esas obras publicadas (8). Se consideraba inmaduros a sus autores, inseguros en la técnica; se opinaba que más que novelas, eran crónicas, relatos históricos, productos folletinescos descosidos y enmarañados, charlas frívolas sobre temas sociales, carentes de penetración psicológica, de vigor, de tensión dramática y, sobre todo, de buen gusto.

Korn perteneció a esa generación del 80, a ese núcleo de hombres de espíritu liberal y cosmopolita, sin prejuicios étnicos ni sociales, ampliamente abiertos a la cultura y al progreso, severos en la crítica, exigentes para consigo mismos. "Soy argentino del siglo pasado, es decir, un hombre que ha debido emplear su activi-

(8) En 1879, Mariano Pelliza dice: "Pobre es la América del Sud y pobre la República Argentina, de libros propios destinados a reflejar sus costumbres, su naturaleza y su historia en la forma de la novela". Y para mostrar el contraste entre la América sajona y la América latina, acaso para incitar a ésta a superar su deficiencia, agrega: "Los norteamericanos han tenido preeminencia literaria en este punto".

Antonio Demaría, hacia 1887, escribe en *Consideraciones sobre la novela*: "La poca dedicación que se nota en los escritores argentinos hacia el género novelesco, hace que él permanezca entre nosotros en un estado falto de animación y desprovisto, como es consiguiente, de todo adelanto". Mitre, en ese mismo año opina que la Argentina "no tiene un solo novelista, siquiera de la fuerza de Fenimore Cooper, y aun en cantidad su contingente es escasisimo este género, sobre todo desde el punto de vista de la originalidad".

JUAN PÉREZ

dad en los menesteres más diversos antes de recoger su vocación definitiva. Y he debido ser autodidacto, porque en nuestro país no había otro medio de dedicarse a los estudios de mi predilección”, declaró en 1930 ⁽⁹⁾, después de ubicarse en el panorama intelectual de su generación. “Soy el último de la generación del 80 que se retira del magisterio; el último de aquel grupo de jóvenes que en los años del 80 al 82 abandonaron las aulas universitarias y luego ejercieron una acción tan intensa. Conmigo se clausura un episodio de la vida intelectual del país”.

LA NOVELA “JUAN PÉREZ”

Korn escribió su novela en 1884. La retocó por el año 1910, en que agregó los epígrafes a los capítulos y años más tarde la dio a conocer a algunos amigos de La Plata. Pero no la publicó. ¿La consideró un esfuerzo malogrado? ¿Lo inhibió el juicio de amigos autorizados? Al buscar la expresión de su propio mensaje, ¿fue consciente de que la novela era sólo una forma experimental, que no se avenía con su verdadero talento? ¿O sencillamente la retuvo, como a tantos otros escritos, con la intención siempre aplazada de ajustarla técnica y lingüísticamente? Korn se impuso como exigencia la plena posesión del instrumento verbal y recomendaba, años más tarde, a sus discípulos, que cuidaran y perfeccionaran su expresión. “Escribir mal no es lícito; por modesta que sea nuestra posición dentro de la sociedad, debemos conocer nuestro idioma. No estamos obligados a hacer tratados y producir obras geniales, pero cierta cultura estética es hoy indispensable si se quiere pertenecer al grupo de la gente culta. De lo contrario, no

(9) *Discurso de despedida de la cátedra en Obras Completas*, p. 708, ed. Claridad, Buenos Aires, 1949.

ELSA TABERNIG

seremos otra cosa que analfabetos —no en el sentido material de ignorar el abecedario—, pero analfabetos en el sentido que ignoramos los elementos de una cultura superior. Y esta cultura estética no puede separarse de ninguna manera de una cultura filosófica. El problema estético está demasiado ligado a los otros problemas filosóficos para que se pueda prescindir de él. En la obra de arte se expresa en cierta forma el pensamiento filosófico de la época, como en una obra de filosofía tiene también mucha importancia el factor artístico” (10).

En la época en que Korn escribió la novela, aproximadamente a la edad de veintitrés años, ya había publicado traducciones y reseñas en castellano. Pero en sus creaciones originales prefirió expresarse en alemán, la lengua de sus padres y de sus primeros maestros. En *Juan Pérez* resalta el respeto por la lengua de las novelas españolas a través de cultismos; aparecen frases hechas y giros periodísticos españoles, pero también se observan formas idiomáticas, inversiones, empleo de preposiciones, de tiempos verbales y de adverbios, que bien podría atribuirse a la influencia del alemán, de la que logró librarse plenamente la prosa castigada del filósofo, muchas de cuyas páginas son ejemplos de precisión, de casticidad, de elegancia y reciedumbre. Sería inadecuado reprocharle a Korn que en 1884 no haya sido un literato de lengua castiza y estilo seguro. No lo fue Miguel Cané, que escribía con negligencia, ni Cambacérès, que practicaba deliberadamente el galicismo mental y de expresión; ni Lucio V. López, de descuidado estilo; tampoco lo fue Payró, perteneciente a la generación del 90, para la cual la literatura era una profesión que exigía deberes artísticos a sus cultores y en que la novela madura como género diferenciado.

(10) Apuntes inéditos de un curso de Historia de la filosofía dictado en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en 1918.

J U A N P É R E Z

Vista a la luz de los años en que fue escrita, la novela representa un esfuerzo de colaboración en el programa literario de la generación del 80: perfeccionar técnicamente la novela e infundirle sentido nacional. Pero este empeño tiene además significación personal que parece aclararse, muchos años más tarde, cuando Korn, consciente de las exigencias del arte nacional, juzga el *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes,: “Es explicable —dice— que los primeros ensayos se apoyen con preferencia en las modalidades más típicas, más específicas de la vida nacional. Este contacto repetido con la madre tierra es necesario si hemos de vigorizar la conciencia de nuestra entidad autónoma. Antes de aventurar la empresa final, por fuerza hemos de acudir a motivos populares. Por ahora, ellos han inspirado la obra más original de nuestro incipiente arte, desde el poema de José Hernández hasta los cuadros de Pedro Figari” (11). El tema de *Juan Pérez* le permitirá penetrar más hondo en la realidad histórico-geográfica de su medio.

Juan Pérez es una novela realista. Los personajes están insertos en una realidad en evolución político-social, en la que se vislumbra el impulso de fuerzas históricas. Es realista por el método; después de ubicar al lector en el ambiente en que transcurre la acción, presenta el retrato del protagonista; luego introduce el tema político y alude al conflicto. El episodio en la vida de Juan Pérez no es narrado, es expuesto. Pero asoman ingredientes románticos en la actitud inicial del protagonista, en la trama sentimental, y hasta hay indicios naturalistas (en la presentación del Comisario de Policía, p. ej.).

Despunta, a través de la obra, el esfuerzo de organizar el relato en un plano estético, la voluntad de dar un

(11) *Don Segundo Sombra*, en *Obras*, Universidad Nacional de La Plata, 1939, tomo II, pág. 283.

ELSA TABERNIG

sentido moral a la acción de los personajes, el interés por las cosas y costumbres del campo y por la situación histórico-política del momento en que transcurren los hechos. La personalidad del autor emerge constantemente.

La novela expone las vicisitudes por las que atraviesa Juan Pérez durante cuatro meses, por el año 1880, en un típico lugar de la provincia de Buenos Aires, escondido bajo el nombre imaginario de Huitel. El joven protagonista actúa allí, desde hace un año, como maestro. Urgido por un anhelo de progreso personal, abandona sus tareas docentes para ocupar la secretaría de la intendencia. Deberes de gratitud lo comprometen a colaborar en la inminente campaña electoral con el partido gobernante, desacreditado por su desidia, sus arbitrariedades y su administración deshonestas. Una situación especial crea la tensión dramática: el jefe de la oposición política, Patricio O'Ry, rico estanciero de la comarca, es el padre de María, la joven de quien Juan Pérez está secretamente enamorado. A la difícil tarea de responder al compromiso político sin mancharse, se añade la de llegar al éxito sin ofender al adversario, a fin de no obstruir los proyectos sentimentales. "Quería conquistar a su María, pero también quería ser digno de ella. No ambicionaba su fortuna, sino su cariño, y si alguna vez le tendía la mano, el rubor no había de mancharle la frente, ni había de sentirse pequeño y deprimido".

Dueño de su voluntad y confiado en sus energías, el protagonista salva los escollos hasta el día decisivo de las elecciones, en que la situación se torna crítica. El sector del electorado con que más se contaba, demora en acudir a las urnas. Juan Pérez sospecha que el hombre de su confianza lo ha traicionado. Pero aún le queda tiempo. Aguijoneado por el amor propio, se lanza en precipitada carrera por los campos hasta el lugar en que

JUAN PÉREZ

supone reunidos a los remisos. Los encuentra bebiendo y jugando. Sin mayores explicaciones, se apea, castiga al traidor con un talerazo y conduce al grupo de hombres a la mesa electoral. El partido oficial gana las elecciones.

Episodios ingratos empañan el triunfo: en el escrutinio se comete un fraude innecesario y en la comisaría se ultima de un balazo a un eficaz colaborador de la oposición —arbitrariamente detenido días antes— quien, al enterarse del triunfo del oficialismo, se desacata contra los guardianes. Ambos hechos consternan a Juan Pérez. Además, a partir de ese momento, su presencia se torna molesta para los corrompidos funcionarios y para los aprovechados comerciantes y hacendados de la zona que, con toda desvergüenza, lo hacen responsable de la muerte y de las irregularidades cometidas. Asqueado, Juan Pérez resuelve retirarse y redacta su renuncia al cargo de secretario que no tarda en serle solicitada. Ahora se siente liberado. Pero aún le falta saber si María, que el día de las elecciones le había dado esperanzas, mantiene su palabra. Con nobleza y valentía, ella le comunica su firme decisión, y Juan Pérez, seguro del porvenir, abandona el ambiente confinado del pueblo en busca de otros horizontes.

EL MOMENTO HISTÓRICO

La acción se desarrolla aproximadamente en la misma época en que fue escrita la novela. Es un momento importante de la evolución nacional, después de la conquista del desierto. En el país, en plena organización, se está produciendo un rápido cambio en el cuadro étnico, social, económico. En la pampa, librada del indio, el gaucho abandonó los fortines y tiene que integrarse en la nueva estructura económica y cultural; ya funcio-

ELSA TABERNIG

nan escuelas rurales, se ven alambrados, galpones, ferrocarriles y telégrafo; ya hay máquinas trilladoras que aceleran las faenas rurales. Korn tiene especial interés en señalar los detalles de esa evolución y recoge hechos, personas y cosas del pasado antes de que desaparezcan. La novela adquiere así un valor documental. A veces incorpora explicaciones que interrumpen la ficción y hasta la desnaturalizan; otras, con criterio más literario, hace hablar a un personaje, el intendente de Huitel, don Justo Reales, testigo y actor en las diversas etapas de la transformación, desde la lucha contra el indio hasta el momento de la acción.

Al encarar el tema pampeano, Korn no se coloca en la perspectiva del hombre de campo, del paisano, sino, como en general los escritores de su generación, percibe la realidad rural desde el ángulo del hombre urbano y culto. No deja de reconocerle al paisano cualidades, pero lo considera reacio al progreso, proclive al juego, a la bebida, a la venalidad, desconfiado frente al que viene de otra parte. Mientras que en la literatura gauchesca se compadecía al "gaucho", porque se lo explotaba como elemento de comicio, la nueva tendencia literaria acusa al "paisano" de haber degenerado en instrumento electoral (12). Y ese juicio aparece también en Juan Pérez.

(12) Ya Lucio V. Mansilla había señalado la diferencia entre "gaucho" y "paisano gaucho" en *Chañilao (Los siete platos de arroz con leche)*. Ultimamente Roberto Levillier, en *El gaucho que se fue* (supl. literario del diario *La Nación*, de Buenos Aires, 28 ed mayo de 1961) consigna que "de pronto, en las inmensas llanuras de las provincias de Buenos Aires, Córdoba y La Pampa, arrancadas por Roca a los salvajes y mantenidas en poder del país, empezaron a surgir nuevos pueblos. Y era penoso notar en las faenas agrícolas, que triunfaban los extranjeros, con el modesto nombre de colonos o paisanos... nacidos de la fusión de criollos, mestizos y europeos. El gaucho se fue, sí, pero quedando en éstos rasgos de su alma, pues si la civilización renovadora exige e intima, también le opone la naturaleza leyes fijas que perpetúan los tipos telúricos". Y Según el mismo Levillier, "el

J U A N P É R E Z

Las palabras “criollo”, “gauchaje” y “gaucho” aparecen una sola vez en el texto, y la última, al final del relato, acompañada del adjetivo “taimado”. En la novela los pobladores son “paisanos” y “paisanaje” es su conjunto. Las cosas del campo bonaerense están incorporadas con sus nombres regionales en la novela, cuyo lenguaje en general es culto, castizo. En el relato se elude la expresión pueblera. Esta aparece ocasionalmente, con grafía culta, en boca de algún personaje, ya sea para marcar un rasgo psicológico o social o para recoger el tono vivo, natural de la charla campesina.

La actitud de Korn: observar la realidad rural desde la ciudad progresista, preferir la expresión culta para relatar sucesos populares, de ningún modo implica prejuicios étnicos o sociales, de la que estuvo libre la cosmopolita generación del 80. Responde a una posición disconformista de esos hombres que aspiran al engrandecimiento del país y a la elevación cultural de sus habitantes, y por eso señalan los escollos que obstaculizan la marcha hacia el progreso. Inevitablemente Korn cae, como casi todos los escritores de la época, en la oposición campo-ciudad. En la novela no disimula su simpatía por el hombre culto y educado. Culto es el moreno maestro que vino de la capital, crisol de cultura; culto es el estanciero O’Ry, de ascendencia irlandesa, y su hija María, educada en Buenos Aires; culto es el médico de la zona, el español Pelayo Ochoa Vázquez.

La minúscula contienda electoral, reducida en la novela a los estrechos límites del municipio de Huitel, es, a la vez, un síntoma de la corrupción de las prácticas

término paisano (de *paysan*) se habría popularizado... después de 1883, cuando se supo en Europa que los indios del sur, antes hunos de La Pampa, poderosos en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis, habían sido deshechos o expulsados del territorio argentino”. (*La Forja de la raza*, publ. en *La Nación*, 12 de marzo de 1961).

ELSA TABERNIG

políticas del país. Al autor, observador de la conducta humana, lo molesta la política tal como se la practica en el comité, en la función pública, en el periodismo y desde la tribuna. Esa política, lejos de constituir un factor de progreso, no es más que un agente del caos. Estos rasgos, simplemente consignados en la novela, siempre preocuparon a Korn. Muchos años más tarde, en sus escritos teóricos, volvió a denunciar esa falla de gobernantes y políticos dentro del proceso histórico de aquella época: "Hombres inteligentes, no podía ocultárseles la discordancia entre los verbalismos corrientes y los hechos reales, entre el énfasis democrático y la perversión profunda de la vida política labrada para la simulación y el fraude" (13).

El valor documental de la obra, como de tantas otras de la época, es evidente. Pero además del documento, a veces está implícita la crítica; en Korn, ella no es amarga como en Eduardo Wilde, por ejemplo, ni misantrópica como en Cambacérès. Aquí es comprensiva. El interés del autor apunta más a la exaltación de los valores de la personalidad.

EL MARCO GEOGRÁFICO

El escenario en que se desarrolla la acción es, como se dijo, un lugar del campo bonaerense, al que el autor llamó Huitel. Coincide con el ambiente natural que Korn conoció en San Vicente, el pueblo en que nació y pasó su infancia, y luego en Ranchos, donde formó su hogar, y en Navarro donde ejerció su profesión de médico. Es el campo con huellas y caminos de tierra, ranchos y caseríos, que tantas veces recorrió de día y de noche, bajo los rayos del sol o los aguaceros, a pie,

(13) *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, en *Obras*, Universidad Nacional de La Plata, 1940, tomo III, pág. 221.

J U A N P É R E Z

a caballo, en volanta o sulky. Es la pampa abierta en que este hijo de padres extranjeros se hizo criollo. Alejandro Korn sintió profundamente el medio en que vivió, y lo expresó con emoción en más de una oportunidad:

En los desiertos llanos de mi patria
.....
aprendí a escuchar el latido
del angustiado corazón humano

declara por el año 1893, en un poema escrito en alemán.

En la novela aparecen insistentemente expresiones como “inmensa llanura”, “llanura abierta”, “llanura solitaria”, “inmensa superficie”, “vasta extensión”, “pampa” y, con particular reiteración, “campo abierto”. El autor no sólo escudriñó esa llanura con ojos ávidos (“soy un visual exagerado”, dijo de sí mismo) (14). La palpó, la auscultó, se entregó a ella, vibró en ella. Ese espacio abierto a la inmensidad, con su cielo profundo, con su pampero, era el que necesitaba su corazón para templarse, para calmar sus tribulaciones, para inspirarse. Y en ese espacio el autor inserta a su personaje, que muy probablemente ha heredado más de una experiencia y más de un pensamiento de su creador.

No son muchos los paisajes descritos en la novela. En rigor, todos se refieren al mismo cuadro; cambia la hora del día, la estación del año. Hay un marco natural al comienzo: el campo en primavera, y un marco natural al final: el campo sacudido por un pampero en verano. Asistimos a un paisaje crepuscular y a una escena campestre: la trilla. Cada uno de estos cuadros exalta e inspira de tal manera al autor, que éste, al des-

(14) *Epístola antipedagógica*, en *Obras*, Universidad Nacional de La Plata, 1940, tomo II, pág. 310.

ELSA TABERNIG

cribirlo, en más de una oportunidad olvida su papel de testigo y se asoma para tomar personalmente la palabra.

Poco a poco cerraba la noche. El crepúsculo apaga los colores, borra los contrastes, confunde la nitidez de las líneas y lentamente esfuma en sombras indecisas lo cercano y lo lejano. Un profundo recogimiento acalla los rumores del día y el silencio se extiende sobre la llanura, más inmensa, más informe, hasta la penumbra precursora de las tinieblas. Sólo se escucha, en prolongadas modulaciones, el balido de los rebaños, como queja, como grito inarticulado nacido en las entrañas mismas de la maternidad desolada.

Esa es la oración: su ambiente melancólico se refleja en el espíritu de nuestro pueblo y sus sombras penetran en el corazón humano. No sin motivo la Iglesia, la gran escrutadora del alma, ordena al hombre elevar su plegaria en la hora triste de la tarde. En la soledad de nuestras llanuras no se yergue ningún campanario y la vibración del bronce no repercute en el oído de los fieles dispersos sobre la inmensa superficie; pero del seno mismo de la pampa brota el llamado espontáneo en la hora de la oración para recordarle al mortal, el problema de la vida y la proximidad pavorosa de lo desconocido. La mente se abisma en anhelos y vagos presentimientos, y en esta hora mística, tocamos los lindes del infinito.

Nunca la sensación del aislamiento es más intensa; invade el ánimo un sentimiento de huérfano desamparo y se evoca, como consuelo, la memoria de los seres queridos. A esa hora, el paisano en camino espolea el caballo para apresurar el regreso, y no es que lo arredre la noche, pues conoce el terreno palmo a palmo; pero en el momento de la oración desearía estar en las casas. Desde la madrugada está en marcha el resero, sin interrupción; continuará en la noche, pero al ocultarse el sol, para la tropa y descansa. Y a esa hora, en el rancho, la madre recuerda al hijo

J U A N P É R E Z

ausente y reza un avemaría en su intención, mientras aviva la lumbre del hogar con un puñado de estiércol seco. La chinita, tan traviesa durante el día, despreocupada de sus quehaceres y de la inevitable reprimenda, mira el campo arrobada en inconsciente contemplación y refleja en su rostro los purpúreos resplandores del ocaso.

Por un lado, estos párrafos documentan un aspecto de la vida espiritual en el campo argentino, a la sazón casi totalmente desprovisto de iglesias. Existe en la población rural un profundo sentimiento religioso, arraigado por los peligros en acecho y por la imponente presencia de la naturaleza. Pero a la religión le falta el elemento colectivo y sacramental. Se carga, en cambio, de un matiz vagamente poético, que se exagera en ciertos momentos: en el crepúsculo, por ejemplo.

Pero además estos párrafos —y otros semejantes— revelan la significación que tiene la naturaleza en la novela. Tras de describir objetivamente y en actitud estética el espectáculo, con efectos de luz y sensaciones sonoras, el autor establece la relación entre el ambiente natural y el hombre que lo contempla. En cuanto se “refleja” en el rostro o en el alma humana, el paisaje se transforma. El imponente ámbito crepuscular en la pampa abierta, se transforma, frente al espíritu humano, supremo plasmador, en iglesia incorpórea, en que como en el recinto sagrado brotan las emociones, los sentimientos del creyente. La intención simbólica aparece nítidamente en el cuadro primaveral y en el de la borrasca estival.

El maestro... seducido por la placidez del hermoso día de octubre, se detuvo a contemplar el campo y dejó deslizar su mirada sobre la verde y lozana alfombra de gramilla, húmeda aún por el beso de recientes lluvias. De trecho en trecho, la flor morada del cardo

ELSA TABERNIG

interrumpía el verde uniforme, los montes de duraznos se desvanecían a la distancia en una bruma rosada y, en diáfana claridad, el cielo sin nubes tendía sobre el panorama su manto de añil. En la plenitud de la primavera, serena y soberbia, levantábase una agreste fragancia de las hierbas y un efluvio de intensa vida saturaba el ambiente. Preñada de gérmenes fecundos, la naturaleza sacudía el letargo invernal. Bella es la primavera, doblemente bella cuando se refleja en un alma joven. Y joven era el maestro, y quizá en demasía.

La primavera, la estación joven, con su atmósfera pura, serena y soberbia, sus tenues brumas en el horizonte, esa estación en que late una intensa vida futura es como el alma del joven, pura y confiada, en que germinan deseos, vagos sentimientos, ensueños e impulsos que pugnan por su realización. El ensueño inicial del joven, frente al espectáculo del paisaje primaveral, es la primera de una serie de imágenes que, a través de la obra, conducen naturalmente de una a otra y que culminan con la borrasca final:

Con el sombrero en la mano, el joven continuó a la ventura su camino hasta llegar a las afueras del pueblo.

En ráfagas cada vez más poderosas, el viento le batía el rostro y le levantaba el cabello. Pero aquel aliento de la pampa le colmaba de vida y lo animaba con vigoroso empuje. Con rapidez arrolladora aumentaba la violencia del vendaval. Un instante luchó con el follaje de los árboles...; silbó el huracán en torno de las crujientes viviendas de los hombres y, como titán desencadenado, se abrió paso hasta la llanura, majestuoso, imponente y sereno. Con amplio gesto, con soberano desdén barrió las nubes del cielo, las miasmas de la tierra y los pesares del alma atribulada. En el zumbido sonoro de su voz vibraban todos

J U A N P É R E Z

los ecos de la vasta extensión: el bramido de los rebaños, el susurro de los maizales, el sordo crepitar de los rastrojos, el estremecimiento de las fuerzas secretas e ignotas que agitan el corazón humano y el seno fecundo de la patria, hasta confundirse en el himno soberbio del trabajo y de la virtud. Y en pleno pampero, despejada la frente, Juan Pérez, fuerte y viril, aspiraba con dilatado pecho las bocanadas de aire y se sentía consagrado de nuevo al batallar de la vida.

En estas veinte líneas se arremolina una cantidad de adjetivos y sustantivos que crean una atmósfera de vigor y grandiosidad: “poderoso”, “majestuoso”, “imponente”, “sereno” y “soberbio” (los dos últimos ya habían aparecido en la descripción primaveral), “amplio gesto”, “soberano desdén”, “himno”, “titán”, “fuerte”, “viril”, “patria”, “batallar de la vida” —referidos ya sea al pampero ya al protagonista—, marcando una vez más la trabazón entre la naturaleza exterior y el alma del personaje. Y si la acción había comenzado simbólicamente, ella se cierra simbólicamente también, en verano, la estación de la madurez, con un vendaval que limpia la atmósfera, tal como se purifica el alma de Juan Pérez, después de sus tribulaciones.

Desde el punto de vista del *tempo* literario, los paisajes constituyen remansos en interesante contrapunto con el movimiento de la acción y los diálogos. La acción se detiene para que el personaje contemple sosegadamente la naturaleza, para que su espíritu se serene. Tanto en el personaje como en el novelista, la contemplación de la naturaleza dispone a la meditación sobre “eternos problemas del hombre”.

¿Cuál es, concretamente, esa relación que Korn insinúa entre el hombre y el paisaje? Cuarenta años antes, Sarmiento, en el *Facundo* (1845), había asociado la vida de su héroe con el ambiente geográfico y con los

apremiantes problemas de la organización política del país. El medio físico no es sólo el escenario sobre el cual se desenvuelve la acción del personaje: es el instrumento morfogenético, plasmador de la vida y de la mentalidad de los hombres. La oposición de la ciudad y el desierto es, al mismo tiempo, el contraste y la explicación del antagonismo entre civilización y barbarie.

La posición de Korn es distinta. En su obra también se da la constelación de los tres elementos: la acción del personaje asociada al paisaje rural y a las cuestiones del momento. Pero el medio físico ha dejado de ser el elemento configurador de la vida y de la mentalidad del hombre, porque para Korn el paisaje no existe en sí, con existencia autónoma. Está estrechamente ligado con el alma humana, y adquiere la significación que le otorga el alma, el estado anímico —depresivo o exaltado— que vive el personaje en ese momento.

Acercóse Juan Pérez a la ventana para mirar el día y lo halló gris y turbio como el estado de su alma.

Es que para Korn novelista —el filósofo lo corroborará años más tarde— la personalidad centra en la voluntad y se desenvuelve en la acción. El individuo es lo que es, no en virtud de la influencia del ambiente, sino por la fuerza de su voluntad y los impulsos naturales que le permiten sobreponerse al influjo exterior. Media, pues, entre la concepción de la relación entre naturaleza y alma humana de Sarmiento y la de Korn la distancia que va de una actitud naturalista a una actitud idealista. La novela, nacida de una experiencia vivida en el ambiente rural, es a la vez que esquirra, diríamos, de la historia, una ficción que ha tomado de la realidad los elementos indispensables para su construcción. Pero en su estructura interior no sigue la pendiente de la natu-

ELSA TABERNIG

raleza, sino el itinerario moral señalado por la voluntad y los sentimientos. El espacio no es una propiedad del paisaje, sino un poco a la manera de Kant —de ese Kant que había de inspirar la filosofía de los años de madurez de Korn—, una forma de la conciencia, el medio en el cual se representan las cosas exteriores. Y se tiene aquí otro indicio que muestra que, lejos de ser el paisaje la nota eminente, lo es el espíritu que se refleja en él y consueña o disuena con sus ritmos y colores.

Korn tiene conciencia que para “calificar una obra de nacional, naturalmente, no basta el tema pampeano o una semblanza del ambiente provinciano. . . No es el asunto lo decisivo, sino la personalidad del autor”⁽¹⁵⁾. En efecto: ni el ambiente pampeano con las costumbres rurales, ni la situación histórico-política constituyen lo original en la novela de Korn. Escritores anteriores y posteriores se ocuparon más exhaustiva, más enfáticamente de ello. La originalidad, la personalidad del autor aparece en sus concepciones, en particular en la de sus personajes.

EL PROTAGONISTA

El eje de la trama lo constituye el personaje central, Juan Pérez, enfocado desde el comienzo y abandonado muy pocas veces por el ojo del narrador. Esto nos permite asistir al desarrollo de los acontecimientos, no sólo desde el ángulo del autor, en general cauteloso observador, sino desde el del personaje mismo que, en última instancia, se parece mucho al del narrador.

El autor está particularmente encariñado con su criatura. En más de una oportunidad, cuando el lector imparcial podría juzgar dudosa o ambigua la conducta

(15) *Don Segundo Sombra*, en *Obras*, Universidad Nacional de La Plata, tomo II, pág. 283.

JUAN PÉREZ

de Juan Pérez, el narrador —esta vez omnisciente— se apresura a introducir una explicación atenuante:

Entre tanto, Juan Pérez, halagado por el éxito, *pero insensible a la lisonja*, había sabido hermanar su actividad política con cierta circunspección personal.

y continúa, con un poco de candor —¿con criterio de político conservador?— justificando su conducta:

No había omitido recurso para asegurar el éxito; había usado de todos los resortes oficiales; transigido con todas las flaquezas y tolerado todas las debilidades, *pero sólo en aras del interés colectivo, jamás en provecho propio*. No había incurrido en ningún desliz vergonzoso y constantemente había atenuado los procedimientos arbitrarios. Es que le importaba salir personalmente limpio e intachable de la lucha.

Visto desde cerca, se descubre que Juan Pérez tiene diversa significación para el novelista. Se proyectan en él algunas experiencias del autor, es portador de ideas de su creador, es el representante de una sociedad en evolución; pero el personaje es, además, un símbolo.

Por empezar, llama la atención su nombre: Juan Pérez; el más vulgar que podría imaginarse. ¿No lo será por ironía intelectual? Este Juan Pérez se destaca justamente por su autonomía, por su independencia en el obrar y en el decir, por su singularidad dentro del conjunto en que actúa. Es un extraño en el ambiente, pues hacía sólo un año que había llegado de Buenos Aires para ocupar un cargo de maestro; no tiene familia; no tiene amigos. El único lazo afectivo, incipiente, es su inclinación hacia María. Tampoco está aferrado a ningún quehacer: había dejado su puesto de amanuense en la capital para dedicarse a la docencia en el campo; ya

ELSA TABERNIG

al comienzo de la novela nos enteramos que deja el magisterio para ocupar el cargo de secretario de la intendencia local, que al final abandona gustoso para dedicarse a cualquier otra actividad.

Esta autonomía, que hace de Juan Pérez un solitario, no ha de interpretarse como romántica rebeldía, ni como falta de adaptación y mucho menos como inconstancia. El novelista omnisciente lo recalca:

Allí [en su ámbito escolar] había conocido la vida del campo y revelado condiciones para captarse la voluntad del vecindario, con su mayor instrucción y trato afable por una parte y, por otra, con su fácil adaptación a los usos y costumbres del pueblo.

Korn eligió como protagonista a un hombre que emerge de la realidad y que, desde su situación vital-cultural se lanza a la vida dispuesto a afrontarla con la acción, a hacer el bien sin colocarse en antagonismos ni frente a los hombres, ni frente a las circunstancias. En esto, el conservador Juan Pérez, difiere de los protagonistas de la novela de la época. Estos suelen ser rebeldes, anti-convencionales y revolucionarios.

En ese proceso Juan Pérez va venciendo resistencias y conociendo todas las libertades.

Al comienzo se emancipa movido por el romántico y desinteresado impulso juvenil de independencia, en el que hay mucho de instintivo:

El deseo prematuro de emanciparse, propio de la impaciencia juvenil, le indujeron a dejar su carrera y aceptar aquella modesta colocación de maestro rural.

Con insistencia Korn alude en la novela a la confiada inquietud de la juventud, en su desinterés, en sus

J U A N P É R E Z

ideales, en su habilidad instintiva, y esa fe en la juventud la conservará durante toda su vida (16).

Este joven Pérez, que con su empuje de muchacho inexperto e infatigable...

Ya no era el joven inexperto y soñador que, con el alma henchida de vagas aspiraciones, había partido de la escuela rural para conquistar el mundo.

Hasta introduce una digresión para plantear el problema de la lucha de generaciones en el seno de la familia, al referirse a Patricio O'Ry, que:

fastidiado por las obsequiosidades de un gomoso, había traducido su pensamiento con una expresión ruda pero sincera: "Que mi hija se case con quien le agrade, con tal que no sea un cajetilla". Sin embargo, como de costumbre, la teoría fallaba frente a la práctica. No sin lucha interior los padres se desprenden de su autoridad, que conceptúan tan bien intencionada, y siempre reclaman en virtud de su mayor experiencia, el derecho de guiar las inclinaciones de sus hijos. Luego comprueban, con la misma sorpresa que ya experimentaron sus abuelos, la esterilidad de semejante tentativa, al ver cómo las *fuerzas inconscientes* de la vida perpetuamente se burlan de las frágiles barreras levantadas por el convencionalismo humano. Todo desgarramiento es doloroso y toda emancipación individual o colectiva lleva el estigma de la rebelión y de la ingratitud.

El personaje va madurando en la acción, adquiere experiencia y encauza esa "conquista del mundo" en que está empeñado. Pone su razón y su energía al servicio de este propósito. Su lenguaje se va cargando de expresiones que reflejan su tenaz voluntad: "tengo que for-

(16) A. Korn vivió rodeado de discípulos y amigos jóvenes.

ELSA TABERNIG

jarme una posición”; “Ansiaba con vehemencia mejorar su situación”; “No pienso echar raíces en esta oficina. Aspiro a algo más”.

Es verdad que interviene un factor psicológico que lo impele, un estímulo sentimental: su amor por María. Korn no es un racionalista puro que desconfía o que se desentiende de las fuerzas irracionales.

En ese afán por labrarse una posición, Juan Pérez prevé etapas:

Hasta entonces había sobrellevado las pequeñas contrariedades de la vida con la sonriente despreocupación de la edad. Preveía ahora la lucha seria y decisiva y concentraba todas las energías de su alma para armar su voluntad de tenaz constancia y firme empeño. ¿Triunfaría? El porvenir no se interroga con dudas en el alma, el porvenir se afronta.

“Conquistar el mundo”, el “batallar de la vida”, “lucha decisiva”, “triunfar”, “armarse”, “afrontar”; el texto incorpora un léxico bélico y lo aplica no a un héroe en el campo de batalla, sino a un hombre corriente dispuesto a afrontar la vida, “a descender a la arena” como lo dirá el Korn de la *Axiología* ⁽¹⁷⁾. Y así lo hace. Juan Pérez vuelve la espalda al pasado, no se detiene en el presente y se vuelve resuelta y reflexivamente hacia el porvenir. Juan Pérez tiene conciencia de la ambigüedad de su situación actual: el cargo aceptado le da relieve y mejora su situación material, pero a la vez lo obliga frente a la autoridad que lo benefició.

Tengo que cumplir mis compromisos. Estoy obligado con los hombres que me han dado el puesto, y no se me puede hacer un reproche si cumplo con lealtad.

(17) *Obras*, tomo I, pág. 142 (§ VII).

ELSA TABERNIG

Su inteligencia, su saber, su voluntad lo guían en la delicada estrategia: cumplir “correctamente” con sus deberes en el medio corrupto:

 Mi conducta es correcta; no he incurrido ni incurriré en ningún acto desdoroso. Si yo cometiera una irregularidad, no temería tanto el juicio de mis amigos como el de mis adversarios.

Además sabía que

si cometía una infidencia, si se degradaba ante su propio concepto y en el de los extraños, recibiría el premio habitual de la traición, después de habersele utilizado.

 Pero, si bien por motivos utilitaristas —su progreso personal— y más, creyendo hacer el bien, se empeña en mejorar el medio, Juan Pérez no comete “actos desdorosos”, sin embargo tolera abusos, transgresiones, admite los habituales recursos administrativos: el soborno, las coacciones, la compra de votos. Su corrección personal le conquista adhesiones:

 Cada día se imponía con mayor prestigio a la opinión del vecindario y los mismos adversarios no le regateaban su respeto.

 Su poder, su autoridad va creciendo día a día; y eso lo satisface. De pronto los hechos cambian la situación. Frente al caos exterior se produce el caos en el alma de Juan Pérez. Pasa de esperanzas a decepciones, se rebela, teme, espera.

 En la dura labor de cada día, en el choque constante de las realidades de la vida, entre decepciones y éxitos, había aprendido a guiar a las gentes, a do-

ELSA TABERNIG

minar los hechos y a mantener sereno el espíritu en el conflicto de los acontecimientos. Pero cuando, de improviso, vio desmoronarse la obra levantada a costa de sacrificios y abnegación, tocó los lindes del desfallecimiento, y estremecieron su corazón todas las angustias de la derrota. Sentado en los peldaños del atrio, en un anonadamiento sombrío, apuró el instante más amargo de su vida y cubrió el semblante con la mano para ocultar la lágrima que asomaba a sus ojos.

Y el novelista, solidario con su criatura, acota sentenciosamente:

Es que sólo el éxito consagra a los hombres, no el vuelo intelectual ni el esfuerzo del ánimo.

En rigor, el conflicto no se plantea entre Juan Pérez y el mundo, sino entre Juan Pérez y Juan Pérez. En la crisis, éste reconoce la ineficacia y la injusticia de su conducta. Reconsidera la situación sometiéndose a un difícil análisis de conciencia:

Una profunda tristeza invadió el ánimo de Juan Pérez. Pasaron por su mente todos los acontecimientos de la víspera; todos los hechos sobrevenidos desde su salida de la escuela rural se agolparon en su recuerdo y en melancólico abatimiento recapituló los resultados de su esfuerzo. Cuatro meses de incesante afán, en continua tensión del cuerpo y del alma, habían dado la medida de su energía, relieve a su personalidad y un caudal de experiencia a su criterio. Pero al recordar la causa a que había servido, los colaboradores que había soportado, las bajezas toleradas y el fraude final con que se había coronado su obra, sintió lástima de sí mismo y se hizo el reproche de haber malgastado sus fuerzas en una tarea indigna y estéril.

Reconoce su error. Tiene que liberar su espíritu.

JUAN PÉREZ

Este sólo halla su reposo en la verdad. Necesariamente, este hombre de acción, piensa en su conducta futura:

Y él, Pérez, ¿qué haría? ¿Volver otra vez a la secretaría de la intendencia a despachar guías y vigilar los titulados intereses políticos de la gavilla oficial? A semejante pensamiento, el asco le anudó la garganta.

Korn hace intervenir un factor de índole emocional, o mejor fisiológico: el asco, más intenso que cualquier elemento racional, y literariamente más expresivo.

Juan Pérez progresa éticamente. Comprende que sería un obstinado si se aferrase a sus primeros objetivos. La reflexión sobre el pasado inmediato, con su lastre de errores y decepciones, lo invita a perseguir otras metas, tendrá que regirse por otros valores. Su voluntad soberana se dispone a la decisión heroica: *Incipit vita nova* (18).

(18) "Lo vemos como un titán batallador emanciparse de los ensueños románticos de su edad juvenil, desentenderse del Olimpo y sus dioses inocuos y consagrar todo su esfuerzo a labrar la morada donde el hombre ha de vivir dichoso, rico, libre de temores supersticiosos y colmados sus deseos... Sin embargo, por último, se diseña en su fisonomía el gesto amargo de la decepción, aunque su orgullo le impide confesarla. ¿Qué falta? ¿Dónde ha fallado el esfuerzo titánico? ¿Vuelve acaso por sus fueros, con extraña nostalgia, el desdeñado espíritu? ¿No bastan el saber y el poder, el cúmulo de riqueza para acallar los obsesionantes anhelos de justicia, belleza y paz?"

En estos párrafos, con que se inicia el ensayo *Incipit Vita Nova* (1918), Korn caracteriza, mediante una vigorosa imagen, la fisonomía del siglo XIX. En esta imagen resulta asombrosa la semejanza de las etapas de ese siglo con las vicisitudes por las que atraviesa Juan Pérez. Hasta el léxico empleado por el filósofo en 1918, no difiere del que empleó el joven novelista en 1884 en la descripción de su protagonista. A través de la novela, éste aparece joven, romántico y soñador, deseoso de emanciparse, animado de un espíritu batallador, actuando en un ambiente desprovisto de los valores supremos de justicia y de verdad, consagrando sus esfuerzos y energías para satisfacer su deseo de progreso personal, concluyendo esa jornada, con el gesto de decepción y con la convicción que el poder y el saber no bastan para llegar a satisfacer los anhelos de justicia y de paz.

Y de la hipótesis anteriormente enunciada, que Juan Pérez bien

ELSA TABERNIG

Sobre la capacidad del hombre de conferirle un nuevo sentido a la vida, Korn vuelve en varias oportunidades:

Cuando un valor secular pierde su imperio, primero en una conciencia, luego en muchas, acaba por desaparecer o por ser reemplazado. Dentro del fuero de su conciencia puede cada uno, individualmente, realizar este acto y lo hará si el valor vigente le es motivo de una coerción (19).

La experiencia no fue inútil para la formación moral de Juan Pérez. Al recapacitar sobre la acción futura, descubre con alborozo que la vida no es una imposición ni un mero azar. La vida es acción, y el hombre dispone del poder necesario para imprimirle un sentido y darle valor. "La vida es acción, tarea perpetua y no un teorema", reiterará mucho más tarde el filósofo.

El proceso por el que pasó el personaje de la novela conduce a una conclusión: el sujeto no es un juguete en manos del azar, es una voluntad capaz de fijar valores, de negarlos, de trasmutarlos cuando han mostrado su ineficacia o han cumplido su misión. En el fondo, Korn está convencido que la voluntad es el amo del destino y no a la inversa. Por eso el personaje rectifica su línea de conducta, no para adaptarse a las circunstancias, sino para ser coherente consigo mismo y ser leal con su conciencia. El análisis de los procesos de la de-

podía ser un símbolo — el de toda vida humana que atraviesa por diversas etapas, desde la confiada juventud, forjadora de ideales, falaces muchas veces, a través de un momento de satisfacción material, más esclavizadora del espíritu de lo que en rigor creía, hasta una liberación total del espíritu, producto de la madurez que proporciona la experiencia de la vida —pasamos a preguntarnos— si Korn no habrá pensado, en algún momento, en una concepción organológica de la historia. Es verdad que el filósofo rechaza esa concepción cuando la encuentra expuesta en la obra de Spengler.

(19) *Axiología*, en *Obras*, Universidad de La Plata, 1938, tomo I, pág. 134.

ELSA TABERNIG

liberación y de la decisión que, en 1930, expone en la *Axiología*, ya se encuentra parcialmente ilustrado, en 1884, en la novela.

Las cosas no valen por su importancia real, sino por cuanto representan en nuestro espíritu

afirma, con cierta imprecisión expresiva, la sentencia en la novela y agrega:

La voluntad acuña todos los valores de la tierra.

Y el filósofo de la *Axiología* reitera:

Son las valoraciones actos reales de la voluntad humana y las valoraciones representan la decisión de la personalidad autónoma (20).

El novelista insiste en su idea de la capacidad del alma humana de decidir el conflicto entre tendencias discordantes, entre inclinaciones incompatibles, entre fines y valores que se excluyen y la posibilidad de sacrificar valores que el interés o el sentimiento quisieran salvar presentando otros ejemplos: María O'Ry y Patricio O'Ry.

Pero esta insistencia de Korn hace triunfar al moralista sobre el novelista: al enfrentar a Juan Pérez con Patricio O'Ry —afines moralmente, antagonistas sólo en política— la novela no logra el contraste dramático y se debilita.

María, de concepción romántica, experimenta el mismo deseo de libertad, la misma firmeza que Juan Pérez, y con el recato de su sexo, desenvuelve su personalidad al margen de las convenciones sociales y las presiones del ambiente. Escucha la voz de sus sentimien-

(20) *Axiología*, en *Obras*, Universidad de La Plata, 1938, tomo I, pág. 130.

JUAN PÉREZ

tos sin hipocresía; se considera única responsable de sus decisiones, muchas veces fundadas en la razón, pero algunas, en el corazón.

En el difícil trance en que Juan Pérez ha sido vencido y en que es desprestigiado públicamente por el medio hostil, María, sincera con sus sentimientos y con su conciencia moral, escucha la voz de su sano instinto femenino y le obedece. Puesta a reflexionar, quizá habría encontrado razones que justificasen sus preferencias, pero al tomar la decisión, no las necesitaba. También ella es para el novelista “digna del soplo de la llanura abierta”.

El futuro autor de la *Axiología* habría de explicar este extraño mecanismo de la acción, según el cual la reflexión posterior encuentra motivos para justificar los impulsos de la voluntad. También esta ley había encontrado en la novela el caso que permitía mostrar su vigencia en la vida real.

CONCLUSIONES

La novela de Korn nos introduce en un mundo muy concreto: sus protagonistas obran como seres de carne y hueso, viven con pasión y sinceridad sus problemas, se afanan por alcanzar sus objetivos, gozan y sufren. Todo brota de la experiencia de la vida y no de abstractos problemas éticos, metafísicos y psicológicos. Esa visión del mundo es compatible con las exigencias de la novela como género literario.

Entre la novela y la especulación posterior de Korn existen correspondencias sugestivas y, obviamente, también divergencias notables. No puede negarse que una y otra son obra del mismo hombre y que la visión de la vida de los años de madurez, alimentada seguramente en las experiencias juveniles, vino a confirmar en parte aquella expansión literaria.

ELSA TABERNIG

La novela consigna en forma literaria, ideas, concepciones que años más tarde corroboraría o rectificaría el pensador en formas filosóficas. Tanto la obra literaria como la filosófica proceden de un incoercible interés por lo humano. Apoya esta presunción un pasaje de un estudio de Francisco Romero, al recordar que “era una afirmación de Korn que hay que vivir en hombre y no en filósofo, pesando lo fugaz en la misma balanza que lo durable, considerando que la filosofía es una actitud más que una escuela. Alejandro Korn tenía el gusto, acaso la pasión de los hechos; pero no se quedaba en ellos. De los hechos saltaba a los principios, de la cotidianidad a la perennidad. Por su espontáneo modo de ser, por su educación científica, también quizá porque era capaz de descubrir en cada transitoria instancia latencias de universalidad, Korn amaba los hechos y en ellos se recreaba.” (21).

Podría afirmarse que mucho de la visión de la vida humana, expuesta plásticamente en la novela, había de recibir fundamento racional en los ágiles conceptos de *La libertad creadora*, y que una y otra son sólo expresiones diferentes de la personalidad una y única de su autor. La vida que alienta en la intuición del novelista vuelve por sus fueros en las fórmulas del filósofo. Ambas expresiones se corresponden, porque se trata de la misma vida. Pero una y otra hunden sus raíces en un subsuelo más profundo, que es la personalidad del autor. Y a través de sus expresiones —en su novela y en sus ensayos filosóficos—, Alejandro Korn aparece íntegro e inconfundible. La ley, según la cual los pensadores más auténticos tienen un solo tema y toda su vida es un único esfuerzo para darle definitiva expresión, se habría cumplido una vez más.

(21) Francisco Romero, Angel Vassallo, Luis Aznar, *Alejandro Korn*, Losada, Buenos Aires, 1940, pág. 17.

JUAN PÉREZ

CAPITULO PRIMERO
CINCO LEGUAS POR DELANTE

*Ven mi adorada, ven. La Primavera
Con caricias de luz ha despertado
La verde loma y la feraz pradera;
Y sus días risueños,
Hijos queridos del amor, han dado
Flores al árbol y a las almas sueños.*

D. D. MARTINTO.

En el deslinde solitario del partido de Huitel, a corta distancia de una población mayor, se destaca en el campo abierto un pequeño edificio cuya arquitectura sencilla y tosca apenas señala la evolución del rancho cubierto de paja al galpón de hierro galvanizado.

Sin embargo, sobre su mojinete desnudo de revoque, ostenta como un timbre de honor las armas patrias rodeadas por una desteñida leyenda que dice: "Escuela Infantil N° 5". Ningún árbol presta sombra a la moderna vetustez de la casa y la misión protectora del reducido cerco de malos postes y flojos alambres la suple con ventaja el espeso matorral de cardos, que se erizan sobre el reborde de la zanja. Un álamo sobre dos troncos de sauce forma el palenque al cual se arrima un compacto grupo de caballos, en su mayor parte desprovistos de aperos y sujetos solamente con las riendas. Inmóviles, con las cabezas gachas, esperan resignados a sus pequeños jinetes, retenidos aún por los misterios del abecé. Por fin aparecen. Bajo el dintel mismo de la puerta abandonan la actitud mesurada que les impone la disciplina escolar y junto con la libertad aparecen también la confusión y el atropello. Alzan con un movimiento habitual de la mano al cojinillo o la matra arrojada bajo el alero y apésurados acuden al lado de sus cabalgaduras, porque los miembros entumecidos sobre los bancos recobran muy rápido su agilidad, animados por la nerviosa inquietud de la niñez.

No acontece otro tanto con los jamelgos, pobre rezago de las estancias y de los puestos, petizos veteranos de coyunturas deformes y anquilosadas, envilecidos en el traqueteo diario y resignados a la

travesura de sus jinetes. Tardan en parar las orejas y el escaso resto de sus bríos sólo con lento esfuerzo logra ponerse al diapasón de la impaciencia juvenil. Grande es también la desproporción entre el número de los jinetes y el de los animales. Pero esta dificultad se salva. Primero montan los más diestros, afirman el dedo gordo del pie sobre el brazuelo y prentidos de las crines se encaraman o algún hermano comedido alza a los más chicos: Los mayores luego se enancan, las piernas desnudas y roñosas se comban en exacto paralelismo sobre las costillas del cuadrúpedo, los talones golpean con febril martilleo sobre los escuálidos flancos y el heterogéneo grupo emprende la marcha con escasa velocidad inicial. Con todo, asimismo, no demora en adquirirla. La alegría de la infancia es contagiosa, el amor a la querencia arrastra y pronto en líneas divergentes se dispersa la bandada de muchachos, para perderse por la inmensa llanura en rumbo recto al rancho paterno. Todavía el alboroto estridente de los teros comenta su paso, cuando ya el ojo ha dejado de divisarlos.

El maestro seguía con atención la partida de sus alumnos. Seducido por la placidez del hermoso día de octubre se detuvo a contemplar el campo y dejó deslizar su mirada sobre la verde y lozana alfombra de gramilla, húmeda aún por el beso de recientes lluvias. De trecho en trecho la flor morada del cardo interrumpía el verde uniforme, los montes de duraznos se desvanecían a la distancia en una bruma rosada y en diáfana claridad el cielo, sin nubes, tendía sobre el panorama su manto de añil. En la planitud de la primavera, serena y soberbia, levantábase una agreste fragancia de las hierbas y un efluvio de intensa vida saturaba el

ambiente. Preñada de gérmenes fecundos, la naturaleza sacudía el letargo invernal.

Bella es la primavera, doblemente bella cuando se refleja en un alma joven. Y joven era el maestro, quizás en demasía. Sus facciones regulares, de tez morena, carecían de expresión; el dolor y la lucha no las habían marcado con su huella indeleble; a su mirada viva aún le faltaba fijeza, y el cuerpo esbelto y vigoroso era sin embargo indolente y vago en sus movimientos.

Distraído, casi absorto, continuaba Juan Pérez cuando escuchó desde el palenque ruido de coscojas y sonar de espuelas. Un hombre retacón pero fornido, de barba canosa, habíase apeado y anudaba el cabestro. Después de ajustar la amplia bombacha en las cañas de las torcidas y deslustradas botas, avanzó con paso atáxico para evitar el choque de las rodajas y, alzada el ala del informe chambergo sobre la sudorosa frente. Con el rebenque de cabo de plata pendiente de la muñeca tendió la derecha. Salióle el joven al encuentro y se estrecharon las manos.

—Buenas tardes, don Juan —dijo el recién llegado con el arrastre peculiar en la pronunciación del paisano porteño.

—¿Qué tal, alcalde? —contestóle Pérez.

Sobre un banco de escuela llevado al lado de la sombra, el joven dispuso un calentador y una yerbera. Ofreció asiento a su huésped y pocos momentos después el mate alternaba entre los dos hombres. Sin embargo, la conversación tardó en animarse y se redujo a preguntas sobre la salud respectiva y apreciaciones del estado del tiempo y del campo, interrumpidas por las chupadas del mate y largos intervalos de silencio. El alcalde, don

Melitón, no parecía locuaz. Era hombre de movimientos lentos y enemigo de apresurarse, pero su mirada de soslayo, protegida por velludas cejas y pestañas, lo escudriñaba todo con su aparente indiferencia. Tres veces, antes de contestar una pregunta, removía con los labios el pucho del cigarro.

—¿Conque se va hoy mismo, don Juan? —dijo por fin.

—Cierto —repuso el otro—, me voy y no dejo de sentirlo. Ya me había encariñado con el pago, pero es necesario. No puedo pasarme la vida de maestro rural. Ya debía haberme hecho cargo de la secretaría de la Intendencia y sólo me he demorado por dejar aquí todo en orden.

—Ya va a tener trabajo con las elecciones de Gobernador. ¿Serán reñidas?

—Así parece. Si no, no tendrían tanto empeño en llevarme. Es que el Intendente se ha descuidado mucho.

—Es medio lerdo, el viejo.

Pérez se sonrió.

—Ha gobernado mucho tiempo sin oposición; por eso no esperaba estas dificultades. Pero no tenga miedo. Ya he de arreglar las cosas. Les voy a enseñar lo que es moverse. En tres meses se puede hacer mucho. Mientras tanto no se descuide usted en el cuartel.

—Aquí, don Juan, estamos como tabla.

—Ya sé, pero no se confíe demasiado. Yo voy a tener que ocuparme de los otros cuarteles, donde conozco menos. Aquí descanso en usted.

—Pues pierda cuidado.

—Vigíleme los gallegos de la pulpería. Esa gente no es de buena fe. Es preciso sorprenderles alguna

J U A N P É R E Z

compra de cuerambre ajeno para que estén blandos con la autoridad.

—Ya he de estar alerta; esa gente es de mucha prudencia.

—¿Pero siempre suelen armar sus jugadas de choclón?

—Así dicen.

Pérez clavó la vista en su interlocutor.

—¿Así dicen? ¿Y qué, no lo sabe usted, zorro viejo?

—Apacígüese, don Juan, se los voy a tener mansitos.

—Conozco sus agachadas, don Melitón. Véalo también de mi parte al viejo don Toribio, que tiene cuatro hijos mozos, y dígales que espero que me acompañen.

—Va a ser difícil llevarlos. Nunca han querido ir a las elecciones. Son más bien muchachos trabajadores.

—Siempre les ha de convenir quedar bien con el que manda. Cuando menos se piensa, ocurre un enredo y luego son los empeños.

—Yo le he de hacer la diligencia.

Calló Pérez y el mate circuló un rato en silencio, hasta que el alcalde inició de nuevo la conversación.

—¿Y don Patricio? ¿Echará el resto esta vez? — preguntó con cierta sorna intencionada.

Una sombra cubrió el rostro de Pérez.

—Así parece. Ha tomado con calor el partido de la oposición, y como hace tanto tiempo que está resentido con el viejo, ha de poner empeño en salir bien. Lo siento, pero no puedo remediarlo.

—Pero a usted le convendría quedar bien con don Patricio.

ALEJANDRO KORN

—No puedo quedar bien con Dios y el Diablo.

—¿Y la niña? Me parece que usted no anda mal.

Pérez con brusquedad colocó el mate en la yerbera y se levantó nervioso. Sin duda este tema le desagradaba, pero no podía sustraerse a su emoción ni disimularla.

—No me toque esos asuntos, don Melitón, esa es harina de otro costal —dijo por fin en tono displicente.

—Perdone si lo he ofendido. Pero se lo digo por su bien. Vea que don Patricio, mejorando lo presente, no es mala persona y se había de venir a las buenas si usted supiera llevarlo. Pero usted festeja a la hija y le hace la guerra al padre.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Quiere que vaya como maestro de escuela a pedirla para ofrecerle este rancho? ¡Estamos frescos! Con los perros me correría de la estancia el viejo inglés. Primero tengo que formarme una posición. Pero doblemos la hoja.

Al pronunciar las últimas palabras se había modificado la fisonomía del joven. Sus ojos brillaron, sus labios se contrajeron y un fondo de latente energía asomó por un instante a su rostro.

—Vea, mi amigo —insistió don Melitón—, usted es muy joven, no se lleve de arranques; usted sabrá más que yo, pero yo soy más viejo. No se encone con don Patricio, que no sabemos las vueltas que da el mundo.

Juan Pérez no contestó y el alcalde creyó llegada la hora de despedirse. Después de escuchar algunas recomendaciones más, montó y se alejó al galope largo. Ya el sol se inclinaba al ocaso y la sombra del caballo y del jinete, desmesuradamente alargada, le seguía en fantástico vaivén.

Poco a poco cerraba la noche. El crepúsculo

JUAN PÉREZ

apaga los colores, borra los contrastes, confunde la nitidez de las líneas y lentamente esfuma en sombras indecisas lo cercano y lo lejano. Un profundo recogimiento acalla los rumores del día y el silencio se extiende sobre la llanura, más inmensa, más informe, hasta la penumbra precursora de las tinieblas. Sólo se escucha en prolongadas modulaciones el balido de los rebaños, como queja, como grito inarticulado, nacido en las entrañas mismas de la maternidad dsolada.

Esa es la oración; su ambiente melancólico se refleja en el espíritu de nuestro pueblo y sus sombras penetran en el corazón humano. No sin motivo la Iglesia, la gran escrutadora del alma, ordena al hombre elevar su plegaria en la hora triste de la tarde. En la soledad de nuestras llanuras no se yergue ningún campanario y la vibración del bronce no repercute en el oído de los fieles, dispersos sobre la inmensa superficie; pero del seno mismo de la pampa brota el llamado espontáneo en la hora de la oración, para recordarle al mortal el problema de la vida y la proximidad pavorosa de lo desconocido. La mente se abisma en anhelos y vagos presentimientos y en esta hora mística tocamos los lindes del infinito.

Nunca la sensación de aislamiento es más intensa; invade el ánimo un sentimiento de huérfano desamparo y se evoca, como un consuelo, la memoria de los seres queridos. A esa hora el paisano en camino espolea el caballo para apresurar el regreso, y no es que lo arredre la noche, pues conoce el terreno palmo a palmo, pero en el momento de la oración desearía estar en las casas. Desde la madrugada está en marcha el resero, sin interrupción; continuará en la noche, pero al ocultarse el

A L E J A N D R O K O R N

sol, para la tropa y descansa. Y a esa hora, en el rancho, la madre recuerda al hijo ausente y reza un avemaría en su intención, mientras aviva la lumbre del hogar con un puñado de estiércol seco. La chinita, tan traviesa durante el día, despreocupada de sus quehaceres y de la inevitable reprimenda, mira el campo arrobada en inconsciente contemplación y refleja en su rostro los purpúreos resplandores del ocaso.

Sentado Juan Pérez delante de la escuela, recordó el año de permanencia que llevaba en aquel sitio, después de interrumpir sus estudios por escasez de recursos. De niño le había faltado el padre, la madre lo había educado con trabajo, y apenas traspuesta la infancia, ya aprendió a ganarse el sustento como amanuense en el estudio de abogados y notarios. Pero las exigencias crecientes de la vida y el deseo prematuro de emanciparse, propio de la impaciencia juvenil, le indujeron a dejar su carrera y aceptar aquella modesta colocación de maestro de escuela. Allí había conocido la vida del campo y revelado condiciones para captarse la voluntad del vecindario, con su mayor instrucción y trato afable por una parte; por otra, con su fácil adaptación a los usos y costumbres del pueblo. El prestigio adquirido dentro del cuartel lo había señalado a la atención de los mandatarios locales que, obligados a buscar una fuerza intelectual para ponerla al servicio de sus intereses políticos, se fijaron en este joven, suficientemente culto para suplir la ignorancia de sus superiores y bastante ruralizado para ser simpático al paisanaje.

Pero no tanto por reflexión consciente como por instinto, el rebaño había buscado su señuelo. Las

J U A N P É R E Z

cualidades personales de Juan Pérez se habían impuesto en realidad dentro de aquel medio social y el joven, a su vez, no vaciló en aceptar proposiciones en apariencia halagadoras, pues ansiaba con vehemencia mejorar su situación. Hallábase apasionado por la hija de un hombre de fortuna, un estanciero del partido, y no se le ocultaban las desventajas de su posición pobre e inferior; hasta entonces había sobrellevado las pequeñas contrariedades de la vida con la sonriente despreocupación de la edad. Preveía ahora la lucha seria y decisiva y concentraba todas las energías de su alma para armar la voluntad de tenaz constancia y firme empeño. ¿Triunfaría? El porvenir no se interroga con dudas en el alma, el porvenir se afronta.

Abandonó por fin el joven su actitud meditabunda y se dirigió en busca de su caballo, que era un zaino de alzada poco común, cabeza grande y angulosa, verdadero tipo del animal criollo, de formas poco esbeltas, pero probado en largas jornadas. Con pausado movimiento de sus mandíbulas, magullaba el maíz del morral. Su dueño le tenía cariño y con prolija atención se dispuso a colocarle las complicadas prendas del apero, hasta ajustar por último con el cinchón el sobrepuesto sobre el cojinillo. Después de recoger su poncho, el joven montó y enderezó al rumbo de Huitel.

La noche, si bien serena y estrellada, era oscura, y cinco leguas quedaban por delante; pero, baquiano del camino, Pérez confiaba en su caballo. A poco andar ya cayó sobre la huella, extendida primero en ondulaciones serpentinas por el campo abierto y aprisionada luego en la recta, dentro de interminables alambrados. A la exigua vislumbre

de las estrellas, el camino apenas destacaba su calva gris de la gramilla. Era preciso un hábito ya arraigado para seguirlo sin recelo al galope largo, mientras el golpe de los cascos repercutía con monótono compás. Muchas veces el joven había hecho en excursiones nocturnas este trayecto de enamorado.

De vez en cuando se veía cruzar la senda a una vizcacha, y el zaino se espantaba con ligero sobresalto. Pero la silueta del joven seguía con soltura el desvío, para mantener sin esfuerzo el equilibrio. El aire fresco de la noche prestaba en tanto vigor a los músculos y la distancia cedía con rapidez y ya llevaría de esta manera una hora de marcha cuando el caballo, casi sin esperar el aviso de las riendas, paró ante una mole blanquecina, colocada al borde del camino. Era un antiguo mojón de piedra calcárea esquinero de la estancia *Los Nogales* de don Patricio O'Ry. Como una mancha más oscura, distinguía el ojo experto, a pesar de las tinieblas, en el fondo del horizonte, la población, rodeada de extensa arboleda, residencia habitual de su dueño. El ladrido de los perros llegaba hasta allí.

Juan Pérez se bajó, con el cabestro en la mano. No podía pasar de largo sin dedicar algún momento al recuerdo de la mujer amada y al zaino venía en ocasión oportuna aquel resuello a mitad del camino.

En las reuniones del pueblo de Huitel, cabeza del partido, Juan había conocido a María. Había merecido de la hija del señor O'Ry distinciones cuyo alcance empero era difícil de fijar, pues cabían dentro de la más estricta corrección del trato social. Sin embargo no era un misterio la simpatía

J U A N P É R E Z

recíproca de ambos jóvenes y la oficiosa diligencia de las comadres del barrio se complacía en fomentarla con las bromas de costumbre. Tenía conciencia Pérez de su propio apasionamiento, pero no se atrevía a afirmar hasta qué punto las atenciones de la elegante niña eran la expresión de un afecto verdadero o sólo de un capricho fugaz. Desde luego la imagen de María se le presentaba más como un ideal lejano que como una realidad próxima. La oposición del padre aún no había tenido ocasión de manifestarse, pero el joven la presentía profunda y terca, como el mayor obstáculo opuesto a sus designios.

De nuevo continuó el viaje; empezaron a distinguirse pronto las luces del alumbrado público de Huitel y cuando las Tres Marías se alzaron sobre el horizonte, Pérez pudo detener su caballo ante la casa de huéspedes de la vasca doña Catalina: *Café Fonda y Posada del Progresos* "Se Cuidan Caballos", rezaba el gran letrero sobre el frente. El mundo oficial de Huitel acostumbraba concurrir con preferencia a esta antigua casa.

—Buenas noches, doña Catalina. ¿No tiene algo de comer?

—Sindudamente, don Juan, comida habiendo para usted y para zaino también.

Juan Pérez penetró en la sala del billar, donde las luces mortecinas del petróleo palidecían aún más en la espesa atmósfera del humo de tabaco. Ahí estaban todos: Intendente, Juez de Paz, Comisario, Escribano y demás representantes de la autoridad. En torno de una mesa redonda con raído tapete verde se concentraban los viejos, absortos en una mucelga a veinte centavos la caja. En este grupo se destacaba la figura de don Justo Reales,

A L E J A N D R O K O R N

intendente del municipio y jefe de la fracción oficial. Era un anciano al cual la abundante barba blanca prestaba un aspecto venerable y simpático. Desde una época remota y con escasos intervalos desempeñaba como Juez de Paz o Intendente, los primeros puestos de la localidad, y habíase habituado a considerar el partido de Huitel como su dominio privado. En política se distinguía por una consecuencia sorprendente: siempre fue gubernista y es que los intereses de la Provincia o de la Nación le eran indiferentes; a él le importaba ser autoridad en su pueblo no por cierto para fomentar el progreso de la localidad, pues a su temperamento rutinario y sin iniciativa repugnaba toda innovación. Tampoco buscaba en la administración pública un provecho pecuniario: no era interesado y gestionaba su fortuna propia de manera tan negligente como el peculio comunal. Jamás se había preocupado de refinar sus majadas; su establecimiento, desprovisto hasta de cerco, era el refugio de vagos y ociosos, quienes, a título de elementos electorales, le comían las ovejas y le cuereaban las vacas. La ambición de don Justo se limitaba simplemente a ejercer algún mando, y aun esto sólo en un sentido figurado. En realidad mandaba a su sombra un grupo de paniaguados cuyas malversaciones y fraudes cubría con su honorabilidad personal. Incapaz de redactar sin concurso extraño una nota o revisar una cuenta, se satisfacía con las exterioridades del poder y en este sentido se desempeñaba admirablemente. Por su apellido, su fortuna relativa, su reputación intachable, como por sus maneras y porte de hombre de buena sociedad, don Justo Reales ofrecía un extraordinario valor decorativo. Sus amigos le llamaban el pa-

J U A N P É R E Z

dre del pueblo. Sus adversarios, a cuyo número pertenecía la gran mayoría de los vecinos, le llamaban el padre de los cuises, con alusión al estado de sus campos y a la calidad de sus protegidos. Unos y otros le decían "el Viejo". Según una referencia generalizada en Huitel había manifestado en cierta ocasión que el gobierno por un decreto debiera prohibir las revoluciones. No estaba sin embargo bien establecida la autenticidad del dicho, pues, según unos, pronunció estas palabras en el '74, mientras otros las hacían remontar a la época de don Pastor Obligado.

La generación joven de Huitel y los vecinos de reciente arraigo no se explicaban la razón del predominio continuado de Reales, pues en sus condiciones personales no hallaban la solución del enigma; muy al contrario. Sólo los viejos recordaban otros tiempos y otras costumbres: la población era menos densa, los procedimientos policiales y administrativos, confundidos entre sí, primitivos en su forma y violentos; los hombres representativos en la campaña eran escasos, y la amenaza constante del indio se cernía, como un ave de rapiña, sobre la frontera del Sur. En esa época, que las gentes actuales sólo conocían de oídas, el Viejo había sido joven, activo y brioso, había acaudillado la guardia nacional, se había sostenido en los campos más expuestos y, en lucha sin tregua frente al salvaje y al desierto, había labrado su posición personal y su indiscutida posición política. El había abierto los cimientos de la iglesia parroquial y bajo sus auspicios se fundó la primera escuela. El estado social y político, entretanto, hubo de modificarse profundamente: nuevos elementos con nuevas ideas habían surgido, la inmigración ex-

tranjera con procedimientos y métodos propios desalojaba al criollismo, el indio era una leyenda, el ferrocarril y el telégrafo una realidad y el predominio de hombres ajenos a la evolución del tiempo parecía un anacronismo. Pero ni don Justo, en su serena suficiencia de prohombre local que, colmados los ideales de su juventud no había sabido ampliarlos, ni la población, advenediza y heterogénea, sin recuerdos ni tradiciones, percibían estos hechos. El uno era un rezagado; de la época moderna sólo lograba apropiarse las frases sin modificar las concepciones anticuadas de su espíritu; y los otros, inconscientes del pasado, casi consideraban como un intruso a aquel hombre vinculado desde sus comienzos al desarrollo de Huitel. Con gravedad habitual, don Justo presidía la mesa de mus. El cigarrillo negro no se le apagaba y en vez de los licores que consumían los otros comensales, un chinito descalzo le cebaba a intervalos regulares el mate amargo. Cuando el juego se interrumpía para dar lugar a un torito, el viejo aprovechaba la oportunidad para referir alguna reminiscencia de sus mocedades, porque era un conversador pausado pero infatigable.

Cuando Juan Pérez entró al salón, el Intendente interrumpió por un instante su partido de mus y le saludó con afable benevolencia.

Junto al billar se hallaba otro grupo intrincado en una partida de casin y grandes carcajadas festejaban cada pérdida. Con infinitas precauciones don Juan Francisco Alonso, el almacenero proveedor de la Intendencia, afirmaba su vientre descomunal sobre la baranda, espiaba con ojo ávido de usurero el efecto del golpe y con grotescas contorsiones seguía el juego de la bola.

JUAN PÉREZ

Por fin, algo aparte, había un tercer corrillo, cuyo centro era el médico de policía don Pelayo Ochoa Vázquez, español con muchos años de residencia en el país y vecino antiguo de Huitel, donde había formado un hogar de numerosa prole ya emancipada. Hombre culto, habíase adaptado, sin embargo, al medio social de aquel apartado pueblo. Gozaba del aprecio general por su desinterés y satisfecho de su modesta pero tranquila situación, despreocupado del porvenir, vivía consagrado al culto de la madre patria, de la cual en realidad sólo tenía recuerdos muy vagos, idealizados por la ausencia y el fervor patriótico. Conservaba antiguas aficiones literarias y poco perjuicio infería a su clientela con la infusión de tila, su específico predilecto para todos los males.

Don Pelayo había recibido aquel día una de las habituales notas en que se le ordenaba constatar el número de lesiones de un sujeto. Se dirigía al escribiente de la comisaría, un mocito casi imberbe.

—Constatar, señor escribiente, no es voz castellana, no es castizo ni está autorizado por la Academia. Es un galicismo intolerable y acusa vehementemente ignorancia de la lengua. En español se dice comprobar, examinar, estatuir, dilucidar, verificar, investigar, esclarecer, pero jamás constatar.

El tinterillo carecía de recursos para contrarrestar la copiosa argumentación del doctor, pero su instinto criollo se sublevaba contra la pedantería peninsular. Por otra parte se sentía mortificado en su amor propio porque Juan Pérez presenciaba aquella lección y como mediaba la circunstancia de haber aspirado el tinterillo también al puesto de secretario de la Intendencia, no le perdonaba desde

luego a Pérez haber sido más afortunado. Era menester, pues, salir del paso de cualquier modo.

—Pero, doctor, usted tiene la pretensión de enseñarme a redactar notas. ¡Si yo me he criado en las comisarías! Vea, ustedes, los españoles, recién cuando vienen a este país aprenden a hablar el idioma.

La chuscada, a pesar de lo gruesa, fue festejada.

—¡Canastos con los gaznápiros! —replicó don Pelayo, que a las vegadas no podía con su genio—. Quiero concederos la independendencia política, si bien no percibo los bienes que os haya traído; pero la independendencia del idioma es una herejía, la emancipación de los dialectos es la rebelión de la jerga. ¡Quita allá! ¡Todavía estáis unidos por el cordón umbilical a la barbarie!..

Al día siguiente Juan Pérez dio principio a sus nuevas funciones.

CAPITULO DOS
UN RAYO DE LUZ

*No tiene patria aún, hogar ni calma
Y apenas si en sus sendas escabrosas
Lo guía un vago instinto de las cosas
Especie de crepúsculo del alma.*

JOAQUÍN CASTELLANOS.

El gobierno comunal de Huitel, monopolizado por los amigos de don Justo Reales, padecía de un descrédito general, profundo y merecido. Fuera de los interesados personalmente en perpetuarlo, no contaba con un solo partidario. En semejante situación le sorprendía la lucha política y el partido imperante en la provincia reclamaba de sus afiliados un esfuerzo extraordinario para mantener su predominio, pues se había logrado organizar una fuerte oposición, surgida en parte del desacuerdo de los mismos hombres adueñados del poder. El Gobernador con sus ministros y el Jefe de Policía, es cierto, ponían su influencia al servicio de una candidatura determinada, pero los adversarios mantenían en la Legislatura y en la dirección de los institutos bancarios ventajosas posiciones, de las cuales no se les había desalojado a tiempo. Estas ahora venían a servir de punto de apoyo para emprender, con algunas probabilidades de éxito, una campaña electoral que, por otra parte, habría sido desatinado intentar sin un asomo de influencia oficial. Los gobernantes de Huitel también recibieron la palabra de orden, y se disponían a cumplirla con tanto mayor empeño cuanto que se sentían amenazados en su propia holgada posición local. Diéronse cuenta de la necesidad de defenderla a todo trance, y a Juan Pérez le había tocado en lote esta tarea.

En cambio, la oposición de Huitel se mecía en la esperanza de obtener un triunfo fácil. Tenía de su parte la opinión general del vecindario hastiado de ser siempre víctima de la misma camarilla; contaba con un núcleo de individuos no sólo dispuestos para la lucha, sino estimulados también por el

ardiente deseo de reemplazar en provecho propio a los actuales ocupantes de los puestos públicos y por fin habían tenido la felicidad de encontrar un jefe prestigioso, decidido y acaudalado. Era éste don Patricio O'Ry. Desde el fracaso de la revolución del '74, en la cual militara aún muy joven, este hombre se había retirado de las agitaciones políticas y vivía consagrado exclusivamente al cuidado de sus establecimientos ganaderos y a sus negocios vastos y prósperos. Emprendedor y laborioso, desdenaba la vida de la ciudad y solía pasar casi todo el año en el campo, con preferencia en la estancia *Los Nogaies*, de Huitel, modelo en el género, por el método y orden de su administración y por la calidad y el número de sus reses seleccionadas. El señor O'Ry no se inmiscuía en los asuntos locales de Huitel. Conocía y apreciaba en todo su valor la administración desastrosa de su vecino Reales y no temía caracterizarla de vez en cuando con un sarcasmo hiriente propalado muy luego por el chisme afanoso, pero no le halagaba la esperanza de llegar a intendente o juez de paz.

Se dio, empero, la circunstancia casual de estar el candidato de la oposición ligado con don Patricio O'Ry por una antigua amistad y este solo motivo, puramente personal, le determinó, con prescindencia de sus tradiciones políticas, a intervenir en la lucha y poner en juego el prestigio adquirido en el partido de Huitel. La inesperada resolución sorprendió con evidente alarma al círculo oficial y produjo intensa alegría en los opositores.

Dividíanse éstos en dos grupos. La gran mayoría, desafecta sin duda al régimen existente, lo criticaba en corrillos de confianza y en los despachos de bebida; pero se abstenía con solícito cui-

J U A N P É R E Z

dado de toda acción común. Cada uno prefería buscar individualmente su composición de lugar, esquivar toda relación con las autoridades y, si el caso obligaba, adaptarse a las circunstancias y sacar partido en provecho propio, de la corrupción reinante. Era la masa inerte, heterogénea por su origen y sus propósitos, dividida por intereses desacordes y difícil de asociar en una sola empresa.

El otro grupo lo formaba un pequeño conjunto de individuos, la mayor parte sin oficio y sin medios conocidos de vida, degradados en el ocioso atorrantismo de estas pequeñas agrupaciones semiurbanas y sin otro ideal que la conquista de un mezquino puesto público o de una prebenda explotable. Esta era la parte activa de la oposición.

Su representante típico era don Arístides Méndez y Zorzoza, español naturalizado, procurador y periodista. En otra época amigo íntimo de don Justo Reales, a quien debía muchos servicios, se había convertido en su adversario tenaz e implacable. Al fin, la misma condescendiente debilidad de don Justo tenía sus límites y, por resistir insinuaciones en exceso indecorosas, habíase acarreado la enemistad de este trapisondista infatigable. Don Arístides sabía arroparse en los pliegues más severos del manto de la virtud y se beneficiaba con la ignorancia de sus convecinos en la tramitación judicial, sin abandonar por un instante su actitud catoniana. Su arte consistía en enredar la cuestión más sencilla, hasta convertirla en un pleito intrincado, ruinoso siempre para las partes, pero fructífero para el astuto procurador. Por desgracia, el resentimiento que le separaba del señor Reales había suprimido también la influencia que antes ejerciera en el Juzgado de Paz, donde no hallaba ya la

JUAN PÉREZ

cooperación necesaria para el buen éxito de sus empresas forenses; desde luego, la clientela le huía. De ahí el motivo de que don Arístides resolviera rehabilitar el imperio de las instituciones conculcadas por la camarilla oficial y no desmayara en la demanda hasta conseguir el nombramiento de un Juez de Paz amigo. Una sola sinceridad había en el alma de este embaucador; propagaba sus opiniones con fanatismo tan ardoroso que acababa por ser el primer creyente de sus propios embustes.

—Sí, señores —decía don Patricio O’Ry, contagiado ya por el calor de la lucha—, es preciso producir la reacción de la gente decente contra el canallaje.

La reunión tenía lugar en el “Café de la Libertad” y comprendía a todos los hombres dirigentes de la oposición de Huitel, una docena más o menos, convocados a solemne tenida. El dueño de casa, Bautista Grebanini, en mangas de camisa, se afanaba por servir a sus huéspedes, sin dejar de terciar en la conversación y escuchar cuanto se decía. Don Patricio llevaba la palabra.

—En realidad, hay que confesarlo, no estamos tan bien dispuestos para la lucha como debiera suponerse, en vista del desprestigio de nuestros adversarios y de la simpatía casi unánime que nos acompaña. En estos últimos tiempos, por el contrario, el círculo de la Intendencia parece haberse fortalecido. Me he encontrado con resistencias y excusas inesperadas. Mucha gente nos manifiesta grandes simpatías y formula votos por nuestro triunfo, pero se queda a esperarlo sentada en su casa. Así no adelantamos.

—No tema usted, señor O’Ry —exclamó aquí don Arístides—. Los hombres de la situación se

JUAN PÉREZ

hallan completamente aislados, el pueblo está cansado de estos tiranuelos y resuelto a pedirles estrecha cuenta del despilfarro de los caudales públicos y del conculcamiento de todas las garantías constitucionales. Créame usted, yo vivo en contacto con las masas populares, éste es un hermoso movimiento democrático, y a usted, señor O'Ry, corresponderá la gloria de haberlo iniciado y de restablecer el imperio de las instituciones y de los hombres honrados en Huitel. Todo el vecindario nos acompaña y yo publicaré en el próximo número de "La Voz de la Democracia" un artículo sobre la libertad del sufragio, en el cual pongo de oro y azul a esos imbéciles como el viejo Reales.

—Muy bien —replicó un señor, que sentado un poco alejado del grupo principal, había escuchado en actitud de resignada paciencia la verborrea de don Arístides—. Muy bien, con papeles no se ganan elecciones. Don Patricio tiene razón. Desde que este joven Juan Pérez se ha hecho cargo de la secretaría y dirige el círculo oficial, se han fortalecido. Ese mozo no escribe artículos, pero no descansa y sabe tratar a la gente. Además nos lleva la ventaja de tener todo el peso de la autoridad de su parte y eso es más de la media arroba. Un hombre vivo en esas condiciones puede hacer mucho, porque cada uno tiene su lado flaco por donde la autoridad puede buscarlo. Ya nos han neutralizado toda la peonada de "Los Manantiales", cincuenta votos, sólo con permitirle a don Máximo que desvíe el camino general al deslinde del campo. ¡Eso vale más que veinte proclamas sobre la libertad del sufragio!

—¡Protesto! —repuso el señor Méndez Zorzoza—. Eso es desconocer la influencia incontrarrestable

de los principios, la influencia del verbo democrático sobre las masas ansiosas de justicia y libertad. Ese Juan Pérez no pasa de ser un mocito pretencioso e imbécil. Nadie lo acompaña.

—Ese mocito —volvió a contestar con calma el otro— disponía de todo el cuartel quinto ya antes de venir a la secretaría. Son ochenta votos. Ahora ha entrado a organizar los demás cuarteles. En su vida ha hecho don Justo Reales cosa más prudente que ocupar a ese joven.

—Pero aquí, en el pueblo, en todo el cuartel primero, hay una unanimidad abrumadora.

—¿Y qué adelantamos con eso? En el pueblo todos son extranjeros, gringos y gallegos, como usted sabe. Estos nos darán el apoyo moral, que a usted le parece tan precioso..., pero ¿votos?

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó don Patricio, con ánimo de desviar la discusión.

—Hay que tomar el padrón electoral, clasificarlo, ver quiénes pueden acompañarnos, a quiénes conviene neutralizar, amparar a los paisanos contra los avances de la autoridad, recorrer sin descanso los cuarteles y ver uno por uno a nuestros amigos. Para estos trabajos estoy a sus órdenes, señor O'Ry. Se puede hacer mucho, pero no con proclamas.

—Y a este muchacho Pérez, ¿no habrá medio de quitárselo a los contrarios? Yo nunca he creído que me combatiera.

El interrogado se sonrió, pero guardó silencio. Después de un intervalo, dijo:

—Todo hombre tiene su precio.

—Pero a éste ni de balde lo queremos —exclamó algún otro del corrillo.

—Si triunfamos, hemos de triunfar para nos-

otros y no para los recién venidos. Y éste, si viene, vendrá a mandarnos.

La mayoría asintió a este modo de ver. El hombre que había llevado la palabra se abstuvo ya de emitir su opinión y en cambio, los restantes se expresaron más o menos a un tiempo y en la mayor confusión. Indicaciones, referencias, consejos y propuestas se cruzaban sin orden ni tino. Por fin el debate general se disolvió en una serie de coloquios aislados.

—Y bien, don Patricio —dijo alguien—. ¿Usted le concederá el puesto del Sauce a mi recomendado?

—¿Quién es su recomendado?

—Eustaquio Guerra.

—¡Pero hombre, si es un cuatrero incorregible!

—Pero es amigo nuestro, y conviene protegerlo.

—Yo no protejo rateros, ni tolero atorrantes en mi estancia.

—¿Y cómo quiere hacer política? Se va a ir con los otros y siempre arrastra algunos votos.

Don Patricio levantó la sesión. Ese momento aprovechó don Arístides para pedirle un aparte.

—Señor O'Ry —se manifestó—, usted sabe que estoy consagrado completamente a esta campaña, y que tengo que desatender mis asuntos particulares. También el periódico, que es nuestro principal medio de propaganda, absorbe mi tiempo, me ocasiona gastos y no da ninguna utilidad, porque en esta época no puedo apurar a los suscritores. ¿Usted podría prestarme un pequeño servicio?

—¿En qué puedo serle útil?

—Pronto, señor, se va a liquidar la testamentaría de Arriaga, de la que soy procurador, pero hasta entonces voy a estar escaso de fondos. Si usted ahora pudiera facilitarme doscientos...

—Está bien, está bien, señor Méndez.

Don Patricio salió acompañado del único hombre cuyos labios no se habían despegado en la reunión. Era éste un paisano de estatura tan desmesurada, que el común de las gentes apenas le llegaba al hombro. Vestía una chaquetilla negra y un chiripá del mismo color. El poncho, también negro, descansaba sobre el hombro y un tirador sencillo con cuatro libras esterlinas por botones le ceñía la cintura. Calzaba botas granaderas, pero los espolines de plata se distinguían por su pequeñez, en rebuscado contraste con la costumbre general de usarlos enormes. En torno del cuello lucía un pañuelo de seda roja, única prenda de color en todo su traje. Una barba oscura cruzada por hilos de plata, encuadraba las facciones enérgicas de su semblante, animado por los destellos de una mirada sumamente vivaz, pero de expresión adusta, a causa de una ancha cicatriz en la ceja izquierda. Este hombre de apostura tan gallarda era Gabino García, conocido desde el Salado hasta la sierra de la Ventana con el sobrenombre de el "Churrinche". Procesado por una muerte, fue destinado al servicio de las armas; cabo en el Paso de la Patria, sargento en Curupaity, diósele de baja después de terminada la campaña del Paraguay. En el 74 sirvió de baqueano al general Mitre y quedó ligado con una íntima vinculación personal al señor O'Ry. Era el hombre de confianza de éste y la estancia *Los Nogales* su domicilio, por lo menos nominal. En realidad llevaba una existencia vagabunda y por largas temporadas desaparecía del Partido para reaparecer cuando menos se le esperaba. Tenía todos los vicios del veterano: el juego, el alcohol y la aversión al trabajo metódico. Solía cuidar ca-

ballos de carrera y conocía todos los garitos. En ocasiones acarreaba tropas por cuenta de don Patricio, quien le confiaba con preferencia expediciones difíciles o arriesgadas. Jamás se le extraviaba un animal; las dificultades del camino, los rigores de la intemperie no eran obstáculo al cumplimiento exacto de su cometido y nunca este jugador recalcitrante había malgastado un peso del dinero de su patrón. Don Patricio le pagaba su lealtad con tolerancias y condescendencias del todo ajenas a su carácter; al "Churrinche" se le permitía todo. Hombre de valor probado, no era pendenciero, salvo cuando se hallaba ebrio, pero siempre inspiraba profundo respeto al paisanaje.

—¿Qué te ha parecido la reunión? —le preguntó don Patricio.

—Me parece, patrón, que esta gente no va a hacer nada. El gallego Méndez ni va a ir a las elecciones y el fondero, el Grebanini, esta noche mismo le va a contar cuanto ha oído a don Juan Pérez.

—¿Es posible?

—Como lo oye, patrón; si es el espía que tiene, usted debe arreglarse con ese mozo, y correrla juntos.

—Pero Gabino, ¿ya estás de parte de ese muchacho?

—Yo estoy con ustedes, patrón, usted bien lo sabe, pero si no tuviera a la fuerza que acompañarlo, ya estaría con ese muchacho, porque es buen paisano y ayuda a los pobres.

Subió a su carruaje don Patricio y partió para *Los Nogales*, preocupado por múltiples reflexiones. No cabía duda; la campaña política, al parecer tan fácil, ofrecía inesperadas dificultades. El viejo Reales y sus desprestigiadas comparsas, adversa-

rios poco temibles, a su juicio, habíanse parapetado detrás de este joven Pérez, que con su empuje de muchacho inexperto, decidido e infatigable, había reanimado el círculo oficial y, con habilidad instintiva, lograba neutralizar a unos, intimidar a otros, captarse la adhesión de muchos, y todo ello sin violencias aparentes, ni extremar la presión autoritaria. Había prescindido de los extranjeros, si bien sin ofenderlos ni provocar abiertas resistencias, desdeñó al elemento semiurbano, holgazán y presuntuoso, pero, trataba de vincularse al gaucho de los cuarteles rurales y con favores oportunos había atenuado las antipatías de los estancieros y propietarios hasta conquistar una tolerancia benévola. Tales resultados eran el fruto de una actividad sin tregua y de una sagacidad ingénita, y tanto más meritorios, cuanto eran angustiosos los plazos e ingrata la situación del oficialismo local.

Don Patricio pocas veces había hablado con Pérez. No le había hecho una impresión desfavorable, pero sólo le prestó atención cuando llegaron hasta sus oídos los rumores sobre pretensiones de este joven para con su hija María. Asimismo el señor O'Ry no atribuyó importancia a estos dichos; creyó que se trataría de relaciones efímeras de salón, atenciones sociales propias de las tertulias y reuniones de la juventud, abultadas por la envidia o la mala fe, pero sin alcance ulterior. Nunca supuso capaz a este joven desconocido, sin carrera y sin posición, de aspirar seriamente a la mano de su hija, y mucho menos pudo creerlo, cuando le veía colocársele tan resueltamente de frente, convertido en cabecilla de sus adversarios. Para quien tuviera interés en conquistar su buena voluntad, pensaba don Patricio, debiera haber sido

JUAN PÉREZ

más lógico acompañarle y apoyarle, en vez de combatirlo.

Sin embargo, no se le ocultaba cómo la personalidad de Pérez empezaba a destacarse, con rasgos propios, en el modesto teatro de su actuación. La talla del hombre había crecido con su tarea; este maestro de escuela rural había desplegado dotes no comunes y se revelaba con la vigorosa voluntad del hombre nacido para mandar. Cada día se imponía con mayor prestigio a la opinión del vecindario y los mismos elementos adversos ya no le regateaban su respeto. Al recordar don Patricio que el “Churrinche”, su hombre más fiel, no hacía misterio de sus simpatías hacia Juan Pérez, ocurriósele que otro tanto bien podía suceder con su hija. Y mentalmente admitió por un instante la hipótesis de un posible casamiento con este advenedizo, sin sentir, con sorpresa suya, que este pensamiento le causara repugnancia. Si a Juan Pérez se le afreciera un campo práctico donde emplear su talento y su actividad, pensó, no dejaría de ser un muchacho de provecho, y la fortuna que le faltaba pronto sabría conquistarla en buena ley. Porque don Patricio no era un hombre en cuyo espíritu los prejuicios sociales estuvieran muy arraigados. Hombre de trabajo, hombre de campo, como solía calificarse a sí mismo, su ideal de yerno no era precisamente un mocito acicalado, de aquellos para quienes en el puente de Barracas termina el mundo habitable. Alguna vez, fastidiado por las obsequiosidades de un gomoso, había traducido su pensamiento en una expresión ruda pero sincera: “que mi hija se case con quien le agrade, con tal que no sea un cajetilla”. Sin embargo, como de costumbre, la teoría fallaba frente a la práctica.

No sin una lucha interior los padres se desprenden de su autoridad, que conceptúan tan bien intencionada, y siempre reclaman, en virtud de su mayor experiencia, el derecho de guiar las inclinaciones de sus hijos. Luego comprueban con la misma sorpresa que ya experimentaron sus abuelos, la esterilidad de semejante tentativa, al ver cómo las fuerzas inconscientes de la vida perpetuamente se burlan de las frágiles barreras levantadas por el convencionalismo humano. Todo desgarramiento es doloroso y toda emancipación individual o colectiva lleva el estigma de la rebelión y de la ingratitude.

Quince días dedicó el señor O'Ry a recorrer los distintos cuarteles del Partido. Su presencia personal en las estancias, sus entrevistas con los pequeños caudillejos satisfechos en su amor propio al verse solicitados, no dejó de darle resultados apreciables. Pero al mismo tiempo hubo de convencerse de cuán difícil es movilizar el elemento electoral de la campaña contra la autoridad constituida, cuán indiferente le es a la mayoría el fondo de la lucha política y cómo el espíritu nacional, viciado por un individualismo egoísta, se resiste a los movimientos colectivos. En todas partes halló también el rastro de la acción constante de su joven adversario.

No era el señor Patricio O'Ry hombre de ilusiones, ni el apasionamiento llegaba a ofuscarlo. Le distinguía un criterio sano y recto, comprobado en sus empresas comerciales y su gira le dio una apreciación clara del estado de las fuerzas políticas. Según sus cálculos, podía llevar al atrio doscientos votos, mientras que sus adversarios dispondrían aproximadamente de doscientos ochenta.

JUAN PÉREZ

Pero semejante resultado le era muy penoso. Sugestionado por el desprestigio aparente de la autoridad local, confiado en la ineptitud de sus contrarios, con escasa experiencia en cuestiones electorales, había incurrido al principio en un juicio erróneo y superficial. Se hacía verdadera violencia al rectificarlo, pues no sólo tenía un interés sincero en el éxito de la lucha, sino había anticipado también en la capital, promesas y seguridades, imposibles de cumplir según preveía ahora.

La culpa la tenía Juan Pérez. Esta era siempre la conclusión fatal de sus reflexiones, ya se refirieran a su campaña política o a sus preocupaciones domésticas. Pero la firme tenacidad de su carácter, con la cual se había abierto camino en la vida y constituido y acrecentado su patrimonio no podía abandonarle en esta ocasión. Estaba habituado a salvar obstáculos y dominar dificultades y también de este ensayo de acción política era menester salir con honra. En vez de arredrarse, apeló a toda la energía de su probada voluntad.

—¿Tú lo ves con frecuencia a Juan Pérez? —dijo un día a su hija.

—No muy a menudo, papá, pero suelo verlo de vez en cuando en los bailes y en casa de tía Manuela.

—Dicen que te hace la corte ese joven.

—La gente habla demasiado y de lo que no le importa. Pero es cierto que me distingue.

—¿Te ha dicho algo formal?

—No, papá.

—Ese mocito no tiene donde caerse muerto.

—No creo que piense morirse.

—Es que para vivir tampoco tiene.

A L E J A N D R O K O R N

—Dicen, papá, que cuando te casaste con mamá tampoco tenías mucho.

—Cierto, ambos éramos pobres, pero tu finada madre sabía avenirse a todo y ha sido mi sufrida compañera en tiempos malos, que los buenos no los alcanzó. Pero tú, hijita, te has criado consentida y regalona, y te sería duro carecer de las comodidades a que estás acostumbrada.

—Eso se vería. No te aflijas, tu hija no ha degenerado tanto. Lo importante sería saber si lo quiero o no.

—¿Y...?

—No me desagrada. Pero me falta decidirme. Además, no me ha dicho nada.

—Pero fíjate que es mi enemigo y en la guerra que me hace.

—A mí siempre me habla con el mayor respeto de ti.

—Lo dirá por quedar bien contigo, pero es el peor adversario que tengo.

—Esas son cosas políticas, esas no son cosas serias.

—¿Te parece que la política es una comedia?

—No sé, pero a mí no me interesa. Me es indiferente del todo.

—Pero si ese joven te quiere y me aprecia, debería ayudarme y no combatirme.

—Yo qué sé. Tendrá necesidad de conservar su empleo, tú no le has hablado, ni le has pedido que te acompañe. Pero, papá, dime ¿es un muchacho indigno o tiene alguna mancha?

—No he oído decir nada en ese sentido. Sólo don Arístides dice que es ladrón.

—Bah, don Arístides y su periodiquín. Entonces no tendrías inconveniente en aceptarlo.

J U A N P É R E Z

—Hijita, no te entusiasmes. No he dicho tanto, ni se te ponga alentarle. A mí no me satisface, y no le perdono su actitud para conmigo.

—El ser pobre no es un crimen. Si por lo demás es honrado y bueno, ¿por qué te has de oponer? Siempre me has prometido consentir mi elección.

—Me parece que hay peligro. ¿No sería mejor que te fueses por una temporada a Buenos Aires, en vez de visitar tan seguido a tu tía Manuela?

—¿A Buenos Aires en verano? Pero, papá, ¿qué te propones? ¿Y qué crees realmente? ¿Que ése sería un remedio? No te olvides que soy hija de mi padre.

—Conozco la cabecita dura, y sé de dónde la tienes. En fin, hablando con seriedad, hazme el servicio de reflexionar. Y si tienes alguna influencia sobre ese mocito, haz de modo que no me combata.

—¡Ah, papá, con ésas salimos! Yo te creía muy preocupado por tu hija, y sólo pensabas en tus asuntos políticos. Es ocurrencia de hombre viejo meterse a sus años en esas cuestiones.

—Parece que, a tu juicio, sólo los muchachos morenos debieran ocuparse de política.

—Si por mí fuera, ni los viejos ni los muchachos se ocuparían de tonteras y se dedicarían a trabajar.

—Puedes darle tan excelente consejo a Juan Pérez.

—No perderé oportunidad de hacerlo.

—¿Y te hará caso?

—Hará todo cuanto yo le diga.

—¡Cáspita! Pues dile que me ayude a salir bien de esta campaña electoral.

—¿Y después?

A L E J A N D R O K O R N

—Y después hablaremos.

—Pero papá, si esos asuntos te interesan en verdad, ¿por qué no hablas con Pérez? No sé por qué le tienes antipatía. Si es un joven atento y educado y tengo la seguridad de que te ha de servir en cuanto pueda. Habrá tenido recelo de acercarse, desconfianza de cómo le recibirías; pero si le facilitas una aproximación, no ha de desdeñar la oportunidad de serte útil.

—Lo pensaré. Pero tú no des un paso imprudente; para yerno no me gusta.

—Bueno, te traeré al doctorcito del invierno pasado.

—Por Dios, María, no me hables de semejante calamidad.

—¿Y? eres difícil de satisfacer. Para tu hija ninguno te va a parecer bastante bueno y me voy a quedar para vestir santos.

—No hay cuidado. Yo te hallaré un buen marido.

—Gracias, no te molestes. Prefiero buscármelo yo.

—Lo buscaremos de acuerdo.

—Papacito, mejor es que te acuerdes de tu promesa y no seas malo de gusto.

—Este joven Pérez no me agrada.

—Dios dispondrá. Voy a ver mis plantas.

Salió la joven. El diálogo entre el padre y la hija había revestido, como era costumbre entre ellos, una forma afectuosa y aun festiva, pero ni el uno, ni la otra desconocían su seriedad y verdadero alcance.

—No hay duda, dijo para sí el señor O'Ry, este muchacho también me ha ganado el lado de las casas.

Y dábale qué pensar el carácter de su hija. Unico vástago de su primer matrimonio, ya en la niñez había perdido a la madre y había faltado a su educación una influencia moderadora. Desde una edad temprana habíase acostumbrado a ser dueña de sí misma; a solas en el aislamiento de su orfandad y de la vida de campo y sin la guía del cariño maternal, había resuelto sola todos los problemas que asaltan el alma de la mujer en las divagaciones de la pubertad y adquirido de este modo una notable independencia de criterio y una firmeza no común en sus procederes. Más tarde el señor O'Ry había contraído un segundo enlace, pero en el espíritu de la joven, marcado con un sello propio, la madrastra, joven también, no había logrado imponer su autoridad. Así es que María, por estas circunstancias, conservaba en el seno del hogar una situación excepcional, con escasa sujeción a voluntades extrañas y libre para seguir sus impulsos personales. Con el padre, a cuyo lado se había criado, vivía en un pie de estrecha camaradería; era la compañera y confidente inseparable, que compartía sus largas excursiones campestres. Ella amaba las fatigas de la equitación y no la arredraban las de la caza. No era esta niña por cierto como una delicada flor de invernáculo, sino una planta vigorosa y lozana, fuerte de ánimo y de cuerpo, digna del soplo de la llanura abierta. Del padre había heredado con los rasgos más salientes del carácter, la alta estatura, la tez blanca y el cabello rubio. Pero no se había vuelto viril en demasía, porque la madre le había transmitido con la opulencia de las formas, los rasgos del semblante, la languidez y la expresión agraciada. En el azul oscuro de sus ojos aún ardía el fuego nativo, pero

no con las llamaradas de la pasión, sino con el reflejo tranquilo y sereno de la lumbre del hogar.

En presencia de semejante carácter hubiera sido inútil acudir a la imposición autoritaria para modificar sus decisiones; don Patricio así lo comprendía. Por otra parte, descansaba con entera confianza en el buen juicio de su hija, pues la consideraba incapaz de dejarse arrastrar por un apasionamiento irreflexivo o de caer en el burdo lazo de un rastreador de dotes.

Pocos días después el señor O'Ry halló pretexto para una entrevista con Juan Pérez. Habíase cometido un error en el despacho de una guía de campaña y el estanciero se trasladó personalmente a la Intendencia para interponer su reclamo, después de haberse cerciorado de la ausencia de don Justo Reales. Tenía interés en hallar al secretario solo en su despacho y encontrar ocasión de explorar sus verdaderas intenciones. Con sorpresa lo vio entrar Pérez, pero se adelantó con rapidez a saludarlo, le ofreció asiento y le preguntó por sus deseos. Don Patricio expuso el motivo aparente de su venida y el joven se felicitó de poderle prestar un servicio. Le hizo notar cómo la culpa del error recaía por completo sobre el capataz de la estancia, que la secretaría había procedido correctamente; pero prometió allanar sin demora las dificultades.

Llamó Pérez a un escribiente y le ordenó extender sin pérdida de tiempo un nuevo documento en forma. Mientras daba las instrucciones del caso, don Patricio lo contemplaba con interés y excogitaba la manera más prudente de iniciar su conversación. Los negocios rurales tienen su táctica peculiar y siempre exigen sagacidad y mucho di-

simulo, combinado con un golpe de vista rápido. Es necesario darse cuenta cabal de los intereses en juego, formar una resolución decidida y no dejarla traslucir, porque el propósito final se persigue por rodeos más o menos largos y nunca se aborda de improviso. En esta escuela también se había criado don Patricio y a través de temas indiferentes se proponía escudriñar el pensamiento de su contrincante.

La disposición de ánimo de Pérez era distinta. El reclamo sobre la guía le pareció bastante importante para no considerarlo como un simple pretexto, pero le convenía aprovechar una ocasión tan propicia para demostrar su respeto y buena voluntad al señor O'Ry y darle a entender cómo sus deberes políticos se conciliaban sin violencia con sus obligaciones de hombre culto. Deseaba dejar satisfecho y bien impresionado a su interlocutor y, si fuese posible, convertir aquel encuentro, a su juicio casual, en punto de partida para estrechar en adelante sus relaciones con el padre de María. Inició desde luego la conversación.

—La guía va a estar lista dentro de un cuarto de hora, si usted desea esperarla señor O'Ry; pero si prefiere, indíqueme dónde debo mandársela.

—Esperaré, señor Pérez, porque tengo urgencia en despachar esa hacienda. Eso, si no molesta mi presencia en esta casa.

—¿Por qué ha de molestar su presencia? Al contrario, tengo verdadero placer en demostrarle mi interés por servirle. Quizás se convenza usted de que no somos tan malos como le habrán dicho.

—No me guío de dícere. Pero en realidad he oído que el servicio ha mejorado mucho desde que usted se halla al frente de la secretaría.

A L E J A N D R O K O R N

—Yo no creía que hasta sus oídos llegaran informes favorables para mí, pero mucho me felicito.

—¿Tiene usted mucho trabajo?

—No señor, el trabajo de oficina es poco y lo despacho con rapidez.

—En cambio fuera de la oficina no le faltan quehaceres. Usted recorre con frecuencia la campaña.

Al decir esto, don Patricio le ofreció un cigarro al secretario y agregó:

—¿Por qué no ha llegado nunca a *Los Nogales*?

—Señor, no me he atrevido, suponía que no le agradaría una visita mía.

—¿Y por qué? Al contrario, tendré el mayor gusto en verle por allá, siempre que no vaya a bajarme los peones para las elecciones.

—Ya estará usted con cuidado. Si apenas nos defendemos de la campaña que usted nos hace.

—Si yo no entiendo de esas cosas. Soy un cuidador de vacas, que me he extraviado por un acaso en política, como quien se mete en cercos ajenos. Usted sí que sabe moverse, aunque es cierto que tiene la ventaja de ser autoridad.

—Yo siento, señor O'Ry, que nos separen estas cuestiones y que en el calor de la lucha no se pueda tener consideraciones con el adversario. Yo tengo que cumplir con mis compromisos, pero quisiera convencerlo a usted, de que no me guía por mi parte ninguna animosidad personal contra usted.

—Yo tampoco le he dado motivos, señor Pérez, pero hablando con franqueza, ya que usted ha tocado este tema, debo decirle que me ha extrañado ver con qué encarnizamiento me combate, cuando yo había abrigado la esperanza de contarle en el número de mis amigos.

JUAN PÉREZ

—Mis vinculaciones políticas debían obligarme con los hombres que me han dado este puesto y no se me puede hacer un reproche si cumplo con lealtad. Yo no puedo creer que un hombre como usted, señor O’Ry, confunda al adversario político con el enemigo personal.

—El puesto que le han dado es bastante modesto para un joven de sus condiciones, señor Pérez, y quién sabe qué pago le van a dar estos hombres después de utilizar sus servicios. Usted no debe limitar sus aspiraciones a ser eternamente amanuense de mi amigo Reales.

—Ciertamente, señor, no pienso echar raíces en esta oficina; aspiro a algo más, pero era más modesto el puesto que tenía antes, y en mis condiciones debo conformarme con avanzar paso a paso.

—La política no lo va a conducir lejos, créame. ¿Usted es soltero?

—Sí, señor.

—En esas condiciones, naturalmente, la vida es más fácil, pero no conviene emplear sus mejores años en empresas de tan poco provecho como las campañas políticas. Dígame ¿estará pronto la guía?

Don Patricio había sacado su reloj para ver la hora.

—Un momento no más, señor, no va a tardar.

—Esta hacienda —continuó el señor O’Ry—, como usted ha visto, la mando a la Pampa Central. Me he resuelto a poblar los campos que tengo allá, aunque mi propósito primitivo era esperar que mi hijo estuviera en edad de atenderme ese establecimiento nuevo. A semejante distancia, cuando no se pueden cuidar personalmente los intereses, sólo se pueden encargarse a personas de mucha confianza. Y la verdad es que ahora no tengo a

quién ocupar. Pero en fin, para no perder el tiempo voy a poner un plantel modesto. Usted, señor Pérez, ¿no es afecto a las faenas del campo?

—Ah, sí señor, mucho. Usted podría hacer una obra buena, si me sacara de esta secretaría y me mandara a la Pampa Central —dijo Pérez sonriéndose y dando expresión a los pensamientos que el otro le sugería.

—¿Y por qué no? Usted ha de ser un mozo activo y honrado. Lo único que lo perjudica es su vinculación con esta gente oficial.

—Pero señor..., ¿se ha contagiado usted el estilo de don Arístides? Voy a creer que usted redacta “La Voz de la Democracia”. Déjeme cumplir con lealtad mis compromisos y consérveme su buena voluntad, mientras no tenga que reprocharme un acto indecoroso.

—Mi amigo, donde las dan las toman. Yo, de todas maneras, tengo la seguridad de ganarle las elecciones; pero si usted sigue en ese temple no voy a poder guardarle consideraciones después. Mejor es que seamos amigos.

—Personales, cómo no. Para mí sería una gran satisfacción.

—Ahí veremos. Visíteme en *Los Nogales*. ¿Usted conoce a mi señora? ¿No? ¿A mi hija mayor?

—He tenido el honor de conocer a la señorita.

—Hombre... Me alegro, entonces va a encontrar conocidos en la casa.

En ese instante entró el escribiente con la guía despachada. Pérez la firmó y se la entregó al señor O’Ry.

—Tantas gracias, señor Pérez —dijo éste—. Usted me ha prestado un servicio de importancia y he tenido mucho placer en conversar con usted.

J U A N P É R E Z

Como usted sale tan a menudo al campo, ha de saber apreciar un buen caballo. Permítame que le mande uno de mi marca. He hecho amansar una tropilla de potros y han salido algunos regulares.

Pérez vaciló un momento, pero sólo un momento.

—Señor O’Ry, le agradezco su obsequio como si lo hubiera recibido. Pero usted me expondría a interpretaciones desfavorables. Imagínese los chismes a que daría lugar la aceptación de su regalo. Le ruego me disculpe.

—¿Es posible que semejante pequeñez pueda comprometerlo? Sería una injusticia y en todo caso usted podría contar conmigo.

—Señor, si yo cometiera una irregularidad no temería tanto el juicio de mis amigos como el de mis adversarios. Usted sería el primero en juzgarme de una manera desfavorable y a mí me interesa, ante todo, conservar el aprecio de usted, aun a costa de su amistad.

—No he pensado ni remotamente en ofenderlo, señor Pérez. Eso no está en mi carácter y respeto su resolución.

Los dos hombres se despidieron con aparente cordialidad. Pérez acompañó a su adversario hasta la puerta de calle.

Apenas de regreso a su despacho, llamó a su asistente y le dijo:

—Ahora mismo te das una vuelta por el pueblo y averiguas con quién ha venido don Patricio de la estancia. Te pasás como distraído por lo de doña Manuela Torres.

El asistente salió y Pérez se dedicó a reflexionar sobre la extraña entrevista con don Patricio. No se le ocultaba lo intencionado de muchas frases de su interlocutor, pero no se atrevía a penetrar

del todo su alcance. ¿Este hombre realmente se había propuesto seducirlo con la perspectiva de una habilitación, precursora de relaciones más íntimas? En el desvarío de sus sueños más osados a Pérez no se le hubiera ocurrido una solución tan rápida y favorable de sus secretas aspiraciones. Pero también, ¡a qué precio! Y luego, si cometía una infidencia, si se degradaba ante su propio concepto y en el de los extraños ¿no recibiría acaso el premio habitual de la traición, después de habersele utilizado? Las dudas, vacilaciones y zozobras conmovieron hondamente el ánimo del joven, pero puesta la mente en la imagen de la mujer amada, interrogó su corazón y lo halló firme. Quería conquistar a su María, pero también quería ser digno de ella; no ambicionaba su fortuna, sino su cariño, y si alguna vez le tendía la mano, no había de mancharle el rubor la frente, ni había de sentirse pequeño y deprimido ante la esposa.

Regresó entre tanto el ordenanza y dio cuenta de su comisión.

—Señor, don Patricio vino con la niña, pero ya se ha vuelto a la estancia con el “Churrinche”. La niña María ha quedado en lo de misia Manuela.

—Está bien, puedes retirarte.

Misia Manuela Torres era una parienta materna de María O’Ry y en su casa solía parar ésta cuando venía al pueblo. Juan Pérez había sabido conquistarse la buena voluntad de la señora, que fomentaba con escaso disimulo las aspiraciones del joven.

Resolvió desde luego Juan Pérez aprovechar la estada de María en la casa de misia Manuela para verla y, si la ocasión fuera propicia, interrogarla directamente. El joven, como todo enamorado, pa-

JUAN PÉREZ

saba por vicisitudes extremas; si un día acariciaba las esperanzas más halagüeñas, al siguiente se sentía abatido por temores y angustias indecibles. La conversación con don Patricio le había emocionado y, con lógica de enamorado, repentinamente se le ocurrió que era de la mayor urgencia definir su situación y saber a ciencia cierta si María le amaba o no. Ya alguna vez había formado idéntico propósito, pero en el instante decisivo había flaqueado temeroso de exponerse a una negativa, que habría aniquilado sus más caras ilusiones y le habría sumido en la desesperación. El trato más frecuente había creado entre los dos jóvenes una vinculación franca, una especie de buena amistad, que hacía fáciles sus relaciones y establecía entre ellos una confianza de buena ley. Armado de todo su valor penetró, pues, en la sala de misia Manuela, donde ésta y María le recibieron con afabilidad. La señora había regresado de la capital la víspera y los incidentes del viaje, que refería con abundancia de detalles, dieron lugar a una conversación animada en la cual terció Juan Pérez, con la viveza y discreción que sabía desplegar en la sociedad de señoras.

Pero repentinamente misia Manuela recordó que tenía un dulce de leche en el fuego y con el objeto de atenderlo pidió permiso para retirarse un instante a cuidar que la criada no lo dejara pasar de punto.

—¡Qué calor hace hoy!

—Hace falta que llueva —contestó la joven—. La sequía se prolonga y el jardín de la estancia empieza a sufrir. Tengo que hacerlo regar continuamente. ¿Le gustan las flores?

—Mucho.

A L E J A N D R O K O R N

—Viera usted las variedades de rosas que tengo ahora.

¡Por fin! Juan Pérez vislumbró una salida, pues empezaba a fastidiarse de su atroz tontera.

—Y entre tantas rosas, María, ¿no tendría alguna para mí?

—¿A usted también le agradan?

—Yo no he tenido aún ocasión de dedicarme mucho a las flores. No las aprecio tanto por el color o la fragancia, pero estimaría una flor de su mano.

—¿Y una rosa mía tendría valor para usted?

—Muchísimo.

—Es que no soy muy pródiga.

—¿Acaso usted cree que estaría mal empleada en mí?

—De ninguna manera. Pero las rosas se marchitan pronto y luego se arrojan.

—No cometería yo semejante crimen. Pero aunque las flores se marchiten, suele sobrevivir el sentimiento con que se dan y se aceptan, mucho más si esos sentimientos son profundos e incommovibles, como algunos que yo conozco.

—Usted parece más pródigo de sentimientos que yo de flores.

—No se burle usted, María. Hace tiempo que usted conoce el profundo sentimiento que le profeso. Bien merecería, no digo la recompensa de una flor, sino que correspondiera de igual manera.

—Señor Pérez, ¡qué tono tan lánguido toma usted! Usted sabe que yo le aprecio y lo distingo, pero si se vuelve sentimental y romántico, va a tener un mal fin.

—¿A qué llama usted mal fin? El peor fin para

un hombre es estrellarse contra una calabaza. Prevéngame si corro ese peligro; es obra de caridad.

—Por lo menos le aconsejo prudencia. Si usted se precipita a ciegas, bien puede encontrarse con ese obstáculo tan temido.

—Marcharé con todo tino para evitar el encuentro. Pero si usted es buena, fácilmente podría guiarme.

—¿Que si soy buena? ¿No lo estoy escuchando?

—Aprecio su paciencia en cuanto vale y sé que no la debo a mis méritos sino a su bondad. Perdóneme si me he atrevido a abrigar esperanzas que quizás sean irrealizables. Pero, María, si lucho, si me afano, si trabajo, es únicamente para conquistar un porvenir, que pueda ofrecerle. Ese porvenir no será el que usted merezca. Será mezquino como son mezquinas mis fuerzas, pero será siempre la expresión del amor más profundo que pueda alentar el espíritu de un hombre. Las dudas me abruman y me rinden y tengo que preguntarle si usted quiere consagrar con una esperanza mi esfuerzo y quiere compartir el porvenir que me depare.

Juan Pérez hablaba con impetuosa emoción y, mejor que sus palabras, el tono cálido de la voz y la expresión del semblante traducían su intenso apasionamiento. María no pudo sustraerse al contagio de semejante manifestación impregnada de sinceridad y cariño y vaciló un instante en su ánimo, dispuesta a ceder. Su carácter firme logró, sin embargo, reaccionar con rapidez. Tenía el propósito de posponer la resolución definitiva, de sobreponerse a las incitaciones del sentimiento y no aventurarse sin el consejo reflexivo de la razón. Contribuía quizás a esta actitud el fondo de innata coquetería que se halla en el alma de toda

A L E J A N D R O K O R N

mujer y se complace en prolongar ciertas situaciones, para saborear mejor la victoria. Con maliciosa sonrisa y voz afectada, María contestó al recio ataque de Pérez:

—Hable con mi papá.

Juan Pérez de un brinco saltó de la silla, y se encaró con la joven.

—¿Con su papá, María? A buen puerto me manda usted. Esa es una crueldad. ¿Por qué no me dice francamente que no me quiere?

—¿Por qué le voy a decir lo que no es cierto, Pérez?

—¿Entonces, por qué me mantiene en esas dudas insufribles?

—Pero modérese un poco, señor Pérez. Tome asiento. ¿No es justo que usted hable primero con mi papá? Toda joven que se respeta le daría esta contestación.

—Yo tengo el mayor respeto por el señor O'Ry y he tenido hoy la ocasión de decírselo a él mismo. Pero en la situación en que por el momento nos hallamos, sería ridículo que fuera a pedirle la mano de su hija. Ha de llegar asimismo la oportunidad de cumplir con ese deber, si usted me autoriza a hacerlo. La situación actual es pasajera. El tiempo pronto la hará olvidar y yo tengo buen cuidado de no darle a su papá motivo de un resentimiento personal. . . El se ha de convencer de que mi conducta es correcta y que no he incurrido ni incurriré, en ningún acto desdoroso. Déme usted un rayo de luz, una ligera esperanza, y ya sabré yo conquistar también el consentimiento de su papá. Con la seguridad de ser correspondido me siento capaz de todo, pero sin esa seguridad me falta el ánimo y no veo tampoco objeto de persistir en una

J U A N P É R E Z

empresa sin horizontes. Sea buena, María, y dígame qué es lo que usted dispone de mí.

—Bueno, Pérez, déme tiempo para reflexionar, no me hostigue. No desespere, usted no es un niño y sabe bien que cuenta con mi simpatía.

—Usted se complace en mantenerme en la incertidumbre, porque usted no sabe lo que yo sufro. Fíjese cuánto tiempo hace que la quiero y que no me he atrevido a hablarle por temor y respeto. ¿Cuándo me va a contestar?

—En la próxima vez que nos veamos

A esta altura del diálogo volvió a entrar en la sala misia Manuela, sonriente, y con un platillo de dulce en cada mano.

CAPITULO TRES
EN VISPERAS DEL TRIUNFO

*Todo lo alcanzarás, solemne loco...
¡Siempre que lo permita tu estatura!*

ALMAFUERTE.

“El pánico reina en las filas del carcomido y tambaleante círculo oficial. La hora de la redención se aproxima para Huitel. Ante la voz del pueblo soberano se achica la estatura moral del vil hipócrita que dragonea de jefe supremo de su digna cuadrilla y cercano ya ve el momento de abandonar el vergonzoso sistema de expoliaciones y fraudes que le sirve de modus vivendi. Junto con el jefe imbécil, el brazo robusto de la democracia triunfante barrerá la estólida recua de pilletes y rateros que le acompañan en sus frecuentes excursiones al fondo de la caja municipal. Huitel está cansado. Huitel está hastiado. Huitel está indignado de soportar esta pandilla de granujas y parásitos, que pululan con devorante glotonería sobre los despojos de las rentas comunales. En vano se ha unido la decrepitud senil en híbrido consorcio con la depravación precoz. En primer lugar la ira del pueblo se dirige contra el improvisado y engreído caudillejo de cartón, mocito cuasi imberbe y analfabeto que ha surgido en actitud olímpica, enarbolando el rebenque en vez del rayo, para hacerse aclamar como salvador del oficialismo y en tanto se prende del presupuesto local, como si fuera el biberón que recién deja. ¡Mequetrefe!

“Nos repugna el insulto y la diatriba personal. Hidalgos por carácter y educación, servidores desinteresados de la democracia, sostenedores consecuentes de los principios, alzamos en franca y noble lid la bandera de las buenas causas y retamos al adversario a presentarse en el atrio, donde le espera la más vergonzosa y humillante derrota.”

Este editorial de “La Voz de la Democracia” da la medida del estado de los ánimos en Huitel, pocos

días antes de la elección. La agitación creciente había llegado a su apogeo. Poco a poco también los indiferentes se habían enrolado en las fracciones en lucha o acompañaban a una de ellas, por lo menos con sus simpatías platónicas. El verdadero objeto —la elección de gobernador de la Provincia— en realidad se había perdido de vista y todo el interés de la lucha respondía al encono de los bandos locales. Por conservar la autoridad municipal se afanaban unos, por desalojar a sus adversarios en provecho propio bregaban los otros. No quedaba por esgrimir arma ninguna. Se habían agotado la injuria, la calumnia y la perfidia. Se adulteraban los hechos más insignificantes, los menores deslices se abultaban, las insinuaciones más inverosímiles se difundían y en una atmósfera viciada por el chisme, la intriga y la mentira, ya no se lograba distinguir la verdad. Nadie se daba cuenta exacta del estado de las fuerzas electorales, aun cuando en realidad éstas no se habían modificado desde el principio de la lucha. Sólo el enardecimiento había crecido, como crece la pasión de los jugadores.

El foco de todas estas agitaciones era naturalmente el pueblo, la cabeza de partido; y allí todas las impresiones eran adversas a la autoridad existente. En la sección urbana la desproporción entre los elementos respectivos era evidente, el predominio de la oposición enorme y sus afiliados se halagaban desde luego con la esperanza de un triunfo fácil, si no se recurría a la violencia abierta para cerrarles el acceso al comicio. Pero aún cuando la amenaza corría soto voce, esta última eventualidad no parecía probable.

Los secuaces del oficialismo, a su vez, fingían

J U A N P É R E Z

desdeñar la opinión de los bolicheros y tenderos y confiaban en la acción del paisanaje, regimientado por los alcaldes.

Sólo dos cabezas se mantenían serenas en aquella confusión. Don Patricio O'Ry preveía su derrota y sólo contaba con un recurso de última hora para empatar la elección; Juan Pérez abrigaba la seguridad del triunfo por treinta o cuarenta votos. Pero en los respectivos bandos la exaltación de la lucha mantenía una violenta ansiedad.

Don Patricio, despojado de las primitivas ilusiones, previno a la dirección superior de su partido el verdadero estado de las cosas, pero, leal al compromiso contraído, había continuado sin flaquear la empresa iniciada y puesto su nombre y su fortuna al servicio de la causa que sostenía. En el fondo ya le repugnaba este sucio manejo electoral tan opuesto a sus hábitos y se prometía no incurrir otra vez en semejante calaverada. Por otra parte, era el único, dentro de su agrupación en Huitel, a quien le eran indiferentes las proyecciones locales de la lucha. Sin embargo, afectaba siempre una fe incommovible en el éxito.

Su principal colaborador era el "Churrinche". Por su contacto inmediato con los elementos electorales y su fama de hombre probado era el agente mejor dispuesto para una propaganda eficaz. Conocía todas las camándulas del paisano, sabía acallar la desconfianza perpetua del hombre de campo, herirle en su amor propio y arrancarle por fin esa adhesión incommovible con la cual acaba por vincularse al hombre de sus simpatías. Las esquinas, las carreras, los velorios y los bailes improvisados en los ranchos eran el campo de acción del "Churrinche". Junto al fogón donde los hombres se acurru-

A L E J A N D R O K O R N

can en cuclillas, mientras chirría el trozo de carne sobre las brasas y circula el cimarrón, el viejo soldado desplegaba su ladina elocuencia y cautivaba la voluntad de sus oyentes, silenciosos y taimados.

Juan Pérez, a su vez, se había multiplicado en las últimas semanas, no descuidaba ningún detalle y su acción dentro de la agrupación oficial había adquirido los contornos de una dictadura. Desde el intendente hasta el último teniente alcalde todos se subordinaban con espontánea disciplina a las órdenes del joven secretario. El mismo tinterillo de la comisaría disimulaba su despecho y hacía ostentación de su consecuencia política. Entre tanto, Juan Pérez, halagado por el éxito pero insensible a la lisonja, había sabido hermanar su actividad política con cierta circunspección personal. No había omitido recurso para asegurar el éxito, había usado todos los resortes oficiales, transigido con todas las flaquezas y tolerado todas las debilidades, pero sólo en aras del interés colectivo, jamás en provecho propio. No había incurrido en ningún desliz vergonzoso y constantemente había atenuado los procedimientos arbitrarios. Es que le importaba salir personalmente limpio e intachable de esta lucha, y el mismo sentimiento cuyo secreto influjo le había dado energía y fuerzas en la contienda mantenía hasta cierto punto su ecuanimidad y le impedía extralimitarse. Siempre tenía el porvenir ante su vista y medía la proyección futura de sus actos.

Con pleno conocimiento de los factores electorales, con la conciencia del dominio absoluto sobre sus propios elementos, confiado en la victoria, Juan Pérez veía aproximarse el momento decisivo

JUAN PÉREZ

con relativa tranquilidad. Muy relativa no más. En efecto, preocupábale ante todo la necesidad de impedir, en vísperas del comicio y en éste mismo, todo acto de fuerzas. Un conflicto a mano armada con los parciales del señor O'Ry habría ocasionado un distanciamiento insalvable, y si acaso hubiera de procederse contra el mismo jefe de la oposición, no se podrían prever las consecuencias de semejante atropello, dado el carácter firme de don Patricio, ni dejarían de comprometerse para siempre las relaciones de Pérez con María. Desde luego, Juan Pérez predicaba a sus amigos la conveniencia de respetar el comicio y dejarlo desenvolverse en sus formas legales. Pero en la imposibilidad de exponer sus motivos íntimos, apoyaba este propósito en la convicción de tener asegurado el triunfo. No era fácil, sin embargo, transmitir semejante convicción. Una mayoría de treinta a cuarenta votos —más no se atrevía a pronosticar— parecía escasa y sujeta a eventualidades imprevistas. El círculo oficial reclamaba mayores garantías contra una posible sorpresa y exigía la intervención de la policía como un factor eficiente y decisivo en la lucha. Era jueves y esa misma noche debían reunirse en conciliábulo todos los hombres dirigentes, para tomar las últimas disposiciones sobre la elección que tendría lugar el domingo.

A Juan Pérez lo arrastraba el impulso de los acontecimientos y comprendía ahora cuán difícil es detenerse sobre la pendiente para trazar con mano firme la línea infranqueable. Hombres y hechos lo empujaban y cuando con más seguridad se imaginaba dirigir el movimiento, convencíase de que éste obedece a sus leyes propias, a la fuerza inicial y a la dirección marcada. La impaciencia

de sus amigos coincidía con la intemperancia de sus adversarios para imponerle procedimientos extraños a sus intenciones primitivas y la causa animada por el aliento de la energía, convertíase en un ser abstracto y tiránico, cuya sexigencias le obligaban aun contra el imperio de su voluntad. El engendro se alzaba frente al maestro, la obra esclavizaba al autor y Juan Pérez, por primera vez en su vida, experimentó la acción de las fuerzas inconscientes que con estrecha lógica rigen el albedrío de la mente humana. Palpábase las carnes, porque tenía sensación de su achicamiento y, de señor y dueño de la situación sentíase reducido a mísero instrumento. En lucha con dudas tan punzantes, mantenía en suspenso su decisión, pero presentía que el menor acontecimiento vendría a alterar el equilibrio de la balanza y a precipitar las resoluciones definitivas, con plena prescindencia de sus sentimientos propios. Ese acontecimiento sobrevino aquella misma tarde.

Don Justo Reales se apresuró a comunicarle a Pérez el contenido de un telegrama. En ese despacho la dirección superior del partido oficial, en términos apremiantes, le axhortaba a no ahorrar medios para asegurar el triunfo, ofrecía en caso de necesidad recursos pecuniarios y avisaba la transmisión de instrucciones al comisario de policía. Pocos instantes después apareció también el comisario y exhibió otro despacho. Este revestía la forma de una petición de apoyo a los elementos oficiales y lo suscribía un alto personaje. No era una orden ni llevaba la firma del Jefe de Policía, pero su significado no podía discutirse.

La resolución buscada por Juan Pérez, anhelante en las profundidades de su espíritu, venía

de afuera y quedaba planteada de una manera brutal. Era contraria a los deseos del joven, pero éste se sintió aliviado de un peso enorme, porque desaparecía la duda, ya no cabía vacilación alguna y volvía a tener por delante una situación definida. De inmediato recuperó la plenitud de sus fuerzas, resuelto a encaminar los sucesos de la manera más favorable a sus intenciones. Ya que debía hacerse, lo haría él.

Hubiera sido un intento inútil pretender desvirtuar la insinuación telegráfica. Don Justo Reales, de ordinario tan maleable, no entendía razones ante las disposiciones de la superioridad. Tanto menos las entendía cuanto la orden recibida, sólo se anticipaba al deseo manifiesto de todos los parciales del círculo oficial. En cambio existían recursos explotables en el temperamento y carácter del comisario de policía. Este jefe de la fuerza armada local no era ni con mucho un hombre de averías. Pusilánime y rastrero, le repugnaba por el contrario toda actitud decidida. La agrupación política imperante en la provincia había llevado a los puestos públicos a un grupo de hombres formados en los corrales de abasto de la Capital y, con preferencia, se habían ubicado en el servicio policial.

También el comisario de Huitel había surgido de esas capas sociales donde se cultiva la flor del compadraje más genuino y había surgido gracias a su escasa repugnancia para desempeñar las funciones menos nobles de la vida social. De seguir su vocación ingénita, hubiera sido rufián. Bajo aquel régimen llegó a comisario y debía este puesto al empeño de una hermana, que era manceba de un personaje influyente. El "Churrinche" lo había co-

nocido desde joven y solía caracterizarlo con una frase clásica:

—¿El comisario? Si nunca ha pasado de mucanguero... , desde chico lo han acobardado a palos.

Tenía este sujeto tantas lacras en el cuerpo como en el alma. Fruto de ayuntamientos híbridos, unía un perfil europeo a un bigote cerdoso y una tez color aceituna. Sobre el cuello ostentaba el ancho rastro de las estrófulas cicatrizadas y sobre la piel, en máculas irregulares, la huella del vicio y de la depravación. Sólo el pie era pequeño y la mano afeminada, estigma de todas las razas holgazanas.

Poco había intervenido el comisario hasta entonces en la agitada lucha electoral y sólo de una manera pasiva se prestaba a las exigencias del círculo oficial. Aparentaba cierta independencia y el deseo de quedar bien con todos, motivo por el cual no rehusaba los obsequios del señor O'Ry. Ante la eventualidad de intervenir personalmente con un acto de fuerza se sentía alarmado en exceso y el semblante ya traslucía su zozobra.

—¿Qué hacemos, secretario? —dijo el señor Reales.

Juan Pérez había concebido con rapidez su plan, pero creyó más oportuno interponer un recurso dilatorio, para sustraerse a una discusión anticipada y también para meditar mejor su proyecto.

—Déjeme pensarlo, don Justo —contestó—. En la reunión de esta noche podemos tratar el asunto.

—Está bien —confirmó el intendente, y al comisario—: ¿Usted no faltará?

—No, señor —repuso éste. Pero no podía reprimir su impaciencia y agregó—: Pero ¿será necesario proceder contra don Patricio?

J U A N P É R E Z

—Es muy posible —replicó con calma Pérez.

El comisario se retiró afligidísimo.

La anunciada reunión nocturna sin embargo no tuvo lugar. Y esta fue obra de Juan Pérez. Al anochecer se trasladó al domicilio de don Justo Reales y le expuso su plan, fundado en los siguientes hechos: existía en las orillas del pueblo de Huitel una casa de negocio mitad lupanar y mitad garito, noche a noche punto de reunión de tahures y calaveras. Era una especie de terreno neutral, donde en el vicio se confundían las divergencias políticas y donde miembros de ambas fracciones en lucha olvidaban sus resentimientos, para fraternizar unidos en la misma corrupción. El dueño de la casa era el comisario y nadie en Huitel ignoraba esta circunstancia. El “Churrinche” era un concurrente infaltable.

—Pues, proceder contra don Patricio O’Ry directamente sin pretexto alguno —argumentaba Pérez—, era en extremo grave, dado el volumen del hombre y sus vinculaciones. Antes del domingo estaría en libertad y sólo se habría dado un golpe contraproducente. Hubiera sido necesario cortar al mismo tiempo el telégrafo y esto no podía convenir al gobierno en vísperas de elecciones. Quedaba descartada esa posibilidad. Esperar para proceder el día del comicio era exponerse también a un fracaso, pues no sería fácil desalojar a don Patricio, al frente de los cincuenta peones de la estancia, sin contar con los otros elementos que se le agregarían, y se provocaría, sin duda alguna, un conflicto sangriento. En cambio, so pretexto de sorprender a los jugadores, se podía allanar en hora oportuna el garito del comisario y apresar al “Churrinche” para no soltarle hasta el lunes. Con este

golpe se privaba al señor O'Ry de su brazo derecho y se ejercía una violenta presión moral sobre el paisanaje adverso, de por sí reacio para concurrir al acto electoral. La prisión se cohonestaba con el hecho de efectuarse en un gañito y no acarrearía dificultades al gobierno y aseguraría una mayoría más crecida de la prevista.

Don Justo Reales aprobó este plan en todas sus partes. Era sencillo, fácil de ejecutar, de eficacia indiscutible y se cubría con exterioridades legales.

—¿Y por qué no expone usted su plan a los amigos, esta noche? —preguntó.

—No es posible, señor. El comisario no va a querer proceder en su propia casa y va a suspender la jugada o por lo menos para quedar bien con don Patricio le va a prevenir.

—Pero los amigos están impacientes por saber si se procede y quieren tomar una resolución esta noche.

—Por lo mismo es necesario evitar la reunión. A los principales yo les explicaré el caso y a los demás se les entretiene con vaguedades.

—Bueno, yo avisaré que no puedo salir esta noche.

Pérez iba ya a despedirse cuando a don Justo se le ocurrió aprovechar este incidente para ajustar cuentas con su ex amigo don Arístides Méndez y Zorzoza, el infatigable periclista cuyas inventivas le tenían desazonado.

—Si al menos se le pudiera dar una paliza.

—No, don Justo —replicó Pérez sonriendo—. Ese sería un grave atentado contra la libertad de imprenta. ¡Cómo pondrían el grito en el cielo! Por

J U A N P É R E Z

otra parte sería un error. Don Arístides, conforme sepa la prisión del "Churrinche", va a lanzar un boletín a los cuatro vientos y con ese anuncio precisamente va a atemorizar a sus propios amigos. Es el mejor agente para esparcir la noticia de la prisión y es así como ésta producirá todos sus efectos. A las demás sandeces que diga, no le lleve el apunte.

Así quedó convenido y así fue realizado. El comisario aguardaba con impaciencia las resoluciones del conciliábulo proyectado y al no verificarse éste, se tranquilizó un tanto. Asimismo, para adelantarse a disposiciones ulteriores en la mañana del viernes, despachó a su escribiente a *Los Nogales* a fin de prevenirle a don Patricio que se cuidara. No llevaba empero el tinterillo ningún dato concreto, pues ignoraba los propósitos de Juan Pérez y el señor O'Ryan recibió el aviso con profundo desprecio, porque sospechó que se trataba de una tentativa de intimidación. El día transcurrió sin novedad. Pero a las once de la noche se presentó Juan Pérez de improviso en la comisaría y notificó al comisario la necesidad de sorprender a los jugadores, entre los cuales debía de hallarse el "Churrinche". Nada podía ser más desagradable al comisario; antes que perjudicar nada menos que el crédito de su propia casa, apuró cuanta excusa y subterfugio se le vino a la mente, a falta de coraje para una actitud enérgica. Pero ante el temor de exponer su empleo si no se prestaba a esta medida de carácter político, hubo de ceder aunque de mala gana. Juan Pérez asumió la responsabilidad y la dirección personal de la intervención policial. Dos de sus acompañantes se quedaron en la comisaría con la secreta instrucción de vigilar los pasos del

tinterillo y los demás, reforzados por varios gendarmes, se dirigieron al garito. El comisario se cuidó bien de no enterarlo a Pérez de la ausencia de todo peligro, pues por una prudente precaución los concurrentes depositaban sus armas antes de entrar al salón donde se jugaba. Además, en la seguridad de hallarse al amparo de la misma policía, descuidaban toda vigilancia y ni por asomo creían en la posibilidad de una sorpresa. Así es que ésta se efectuó sin dificultad alguna y sólo con una ostentación de armas exagerada y superflua por parte de la autoridad. El "Churrinche" vislumbró el objeto de la sorpresa e hizo una rápida intenciona para alcanzar la puerta de salida, pero como se hallara desarmado le sujetaron los gendarmes con un exceso de violencia. Los presos, aproximadamente una docena, fueron trasladados a la comisaría, donde los amigos de la situación salieron en libertad sin más trámite, los adversarios oblaron una multa y el "Churrinche" quedó retenido, no sólo por habersele tomado como a los demás in fraganti en juegos prohibidos, sino por haber desacatado a la autoridad. El sumario del caso fue iniciado, acto continuo, por el escribiente, a quien interesaba demostrar su competencia y buena voluntad.

No fue pequeña la sorpresa cuando al día siguiente se supo en Huitel la prisión del "Churrinche". La impresión prevista por Juan Pérez se produjo en toda su extensión y la hizo mayor aún el insensato boletín lanzado a la publicidad por don Arístides. Abundaba aquél en exageraciones y en detalles falsos y el atentado cometido a favor de las sombras nocturnas adquiría en la exposición del periodista un carácter de mazorcada tenebrosa y terrorífica.

J U A N P É R E Z

Cuando a las once del sábado llegó el señor O'Ry de la estancia, el fogoso tribuno se hallaba en el umbral del Café de la Libertad con un ejemplar de su última producción en la mano. Pero don Patricio ya lo había leído en el camino y, al bajar del carruaje y a modo de saludo, dijo al autor:

—Usted, señor Méndez, es un imbécil.

CAPITULO CUARTO
DOMINGO DE ELECCIONES

*Alzar los ojos a la sombra augusta
que por la mente del poeta pasa.*

ALMAFUERTE.

Amaneció por fin el domingo 30 de enero y desde la salida del sol fue un día ardoroso de verano. La atmósfera caldeada oprimía la tierra y a las gentes como un vaho espeso y sofocante. Doble esfuerzo requiere toda actividad para desplegar en semejante ambiente. Ya en las primeras horas los jefes de las fracciones y los escrutadores ocuparon el atrio de la iglesia, situada sobre uno de los costados de la plaza principal. Los agentes de policía se hallaban formados al frente y en las torres del templo se veía brillar de vez en cuando el reflejo de un arma. Estaban tomadas todas las precauciones y cumplidos los preceptos de la ley. En un ancho marco se destacaba la inmaculada blancura del padrón electoral y los interesados estudiaban afañosos los formularios de acta remitidos por los comités políticos. Invocóse el nombre de Dios y de la Patria en la solemne promesa de cumplir fielmente el cargo y, a las ocho y media, fueron instaladas las mesas por los escrutadores, ya aleccionados. Estos, designados por un sorteo oficial, en su gran mayoría pertenecientes al círculo dominante. La oposición, sin embargo, tenía algunos representantes en las mesas, pero estos ciudadanos sólo teóricamente llenaban la condición de saber leer y escribir corrientemente. Entregó luego el Juez de Paz los registros y se labraron las primeras actas. Salvo una que otra discusión provocada por nimiedades entre los miembros de los dos partidos, gracias a la intervención conciliadora de Juan Pérez todos los preliminares se llenaron con relativa tranquilidad y sin mayores protestas.

Los adversarios, si bien ponían en todas sus frases una ironía latente, se trataban con recíproca

cortesía. Los personajes de segunda fila llevaban la voz y luego, antes de cerrar el compromiso, consultaban a sus jefes. Así se convino votar por grupos de cuatro sufragantes y la suerte otorgó a la oposición el primer turno. Pero esta ventaja se neutralizó porque primero votaron los escrutadores. Juan Pérez y don Patricio O'Ry no tuvieron, pues, mayor motivo para entablar una discusión directa. Se saludaron con estudiada atención y charlaron un instante sobre asuntos del todo ajenos a las preocupaciones del momento.

Dio principio la votación a las nueve y media. Los turnos se sucedían con regularidad. Ambas fracciones disponían a esa hora de un número crecido de votantes. Gran parte del rebaño electoral ya se había concentrado, la víspera, en corralones dispuestos al efecto. Allí churrasquearon por la mañana y luego tomaron mate hasta la hora de servirles la carne con cuero. La taba, entre tanto, congregaba en corrillos a los aficionados y apenas descansaba instantes en el suelo, cuando ya volvía a cruzar el aire cargada de esperanzas y decepciones. Este espectáculo era idéntico en los alojamientos de uno y otro partido.

La gente de *Los Nogales* había llegado temprano a las órdenes del mayordomo de don Patricio. Los habitantes del pueblo y del cuartel primero acudían sin formación especial o en pequeños grupos. Por la otra parte llegaban los alcaldes con sus respectivos contingentes. En cada corralón se afanaban varios jóvenes —los muchachos del comité— en organizar los turnos y proveer a cada votante de su respectiva boleta y de las instrucciones del caso. Así se iniciaban en la vida cívica. Luego salían los paisanos en dirección al atrio. Así avanza-

ban. Con paso torpe movían las combadas piernas, trabadas por ligaduras invisibles. Con la frente y la mirada baja, se sentían avergonzados al presentarse en público y en la zurda apretaban convulsivamente la boleta. A nadie se le ocurría abrir la tira de papel para cerciorarse por quién votaba. Alguno repetía, temeroso de olvidarlo, con visible movimiento de los labios, el seudónimo que debía acusar. Mansos y sumisos obedecían la consigna y nadie habría reconocido en estas gentes domesticadas, a los ágiles y desenvueltos hombres, de mirada penetrante y nerviosos miembros, que en el campo doman el potro, arrojan el lazo en el rodeo y esgrimen el facón frente al rival. Como recua de siervos degradados aproximábanse a la urna simbólica.

—He ahí —decía don Arístides— el pueblo soberano armado del sufragio universal, base sobre la cual descansa el majestuoso edificio de nuestras instituciones democráticas. De esa fuente fluyen los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

Pero lo decía desde su casa; al atrio no concurreó, probablemente por asco frente a la imposición oficial. Y se lo decía al doctor don Pelayo Ochoa Vázquez, quien le escuchaba con su fina sonrisa, sin contestarle.

—Sí señor —agregó el periodista con gesto girondino—. Para hablar a las muchedumbres y predicarles el verbo redentor es necesario calzar el coturno trágico.

—Es menester, mi amigo —repuso con calma don Pelayo, pero siempre sonriente—, no confundir el coturno trágico con los zancos del tío Bartolo. Barrunto que os vais a dar un porrazo mayúsculo

y voy a dejaros prescrita una excelente preparación galénica para friegas loco dolenti.

—Usted, doctor —replicó don Arístides—, es un escéptico, un vividor; usted tiene un fondo carlista y aristocrático. ¿No ha leído usted el último número de “La Voz de la Democracia”?

—De poco tiempo dispongo para fruslerías, pero paréceme que abusáis un algo del recurso retórico que en mis juveniles años llamábase hipérbole.

—Yo escribo para el pueblo. Usted no entiende de eso, usted prefiere leer el Quijote.

—No sólo el Quijote sino también a Sancho Panza, que es un dechado de tipo grotesco. Precisamente anoche he leído el vigésimo capítulo de la primera parte.

—Valiente entretenimiento... ¿Qué piensa usted, doctor, de estas elecciones?

—Amigo Méndez, peor es meneallo.

Con profunda reverencia, entre afable e irónica, se despidió don Pelayo para dirigirse al atrio. El comicio se desenvolvía con todas las exterioridades de un acto formal. Ya a las diez habían llegado al pueblo los vecinos de los cuarteles más distantes.

Sin embargo, poco a poco, manifestóse cierta alarma en los dirigentes del círculo oficial. Y a medida que las horas avanzaban esta alarma crecía. No tardó mucho en responder a este estado de zozobra una complacencia evidente en el rostro de los opositores. A las diez, el alcalde del cuartel quinto, don Melitón, aún no había llegado con su grupo calculado en ochenta hombres. Ya una impaciencia casi ansiosa invadía el espíritu de unos y una sonrisa burlona animaba el semblante de los otros. Y entre comentarios cada vez más acerbos o más hirientes transcurrió una hora sin no-

JUAN PÉREZ

ticias de la gente del quinto. Pero a las once nació un rumor anónimo, de filiación desconocida, cuyo primer origen no podía averiguarse, cuya veracidad nadie garantía, pero que se deslizó de oído en oído como un secreto, luego se repetía en voz baja y por fin circulaba a gritos. Ese rumor llevaba la consternación a unos y la alegría al ánimo de los otros. Se decía que el alcalde don Melitón, vinculado por antiguas relaciones con don Patricio O'Ry, se había comprometido a no concurrir a la elección y dejaría burlado al círculo oficial. —Es una traición infame —se exclamaba en las filas oficiales. —Es un acto de independencia cívica —en las opositoras.

Juan Pérez era presa de una excitación vivísima. El alcalde del quinto era su hombre, el grupo del quinto era el elemento personal con que él contribuía a sostener la situación, la base de su prestigio y de su valer. ¿Y había de fallar en este momento solemne? Semejante eventualidad no había pasado por su mente. ¿Cómo pensar en la traición de los suyos? Ante este golpe en pleno pecho, Juan Pérez se sintió abatido y en aquel instante el resultado mismo del comicio le fue indiferente; sólo le importaba salvar su honra, la integridad de su nombre. Ya empezaban los reproches:

—Pero don Juan ¿cómo es posible, que usted fuera tan imprudente de confiar el cuartel más importante a ese gaucho taimado de don Melitón?

—Vamos a perder la elección por un descuido.

—Ya anoche debía haber hecho venir la gente del quinto.

El señor O'Ry fumaba su cigarro en el otro extremo del atrio y Juan Pérez le buscó con la vista. Las miradas de ambos hombres se encontraron y

en el semblante impasible del adversario, Pérez creyó leer el pensamiento:

—Estamos a mano. Vaya ésta por la prisión del “Churrinche”.

Estrecho era aquel palenque para los interesados en juegos mezquinos, pero grande era la pasión de aquellos hombres y, si en la atmósfera enardecida se cernían presagios de tormenta, en el espíritu se condensaba la tensión de los estallidos trágicos. Es que las cosas no valen por su importancia real, sino por cuanto representan en nuestro espíritu; la voluntad acuña todos los valores de la tierra. —Traición —repetían unos—, triunfo —respondían los otros. En el círculo oficial el efecto moral del abatimiento tocaba los extremos del pánico y sus hombres, aturcidos, perdían la cuenta de los elementos que les sobraban para mantener el comicio. En cambio la oposición, entusiasmada, creía poder reemplazar con sus bríos la escasez real de sus fuerzas.

Las alternativas de la lucha habían templado el alma de Juan Pérez. Ya no era el joven inexperto y soñador que, con el alma preñada de vagas aspiraciones, había partido de la escuela rural para conquistar el mundo. En la dura labor de cada día, en el choque constante de las realidades de la vida, entre decepciones y éxitos, había aprendido a guiar a las gentes, a dominar los hechos y a mantener sereno el espíritu en el conflicto de los acontecimientos. Pero cuando, de improviso, vio desmoronarse la obra levantada a costa de sacrificios y abnegación, tocó las lindes del desfallecimiento, y estremecieron su corazón todas las angustias de la derrota. Sentado en los peldaños del atrio, en un anonadamiento sombrío, apuró el instante más amargo de su vida y se cubrió el sem-

JUAN PÉREZ

blante con la mano para ocultar la lágrima que asomaba a sus ojos. Es que sólo el éxito consagra a los hombres, no el vuelo intelectual ni el esfuerzo del ánimo.

En esta situación se le aproximó a Juan Pérez el escribiente de la comisaría. Se quebró varias veces sobre los tacos altos de las botas de charol que acababa de estrenar y con entonación compadre se dirigió al joven:

—Ahora, pues, don Juan, ha llegao la ocasión de mostrarse un hombre fuerte. Hay que hacer una hombrada; si no, nos echan por delante esos hijos de perra. ¡Qué lástima que haya fallao el quinto!

Ante la maliciosa invectiva del tinterillo se produjo en el ánimo de Juan Pérez la reacción necesaria. Se irguió, midió con la vista a su interlocutor y con plena seguridad le dijo:

—No se aflija, compañero, el quinto no falla.

Y volvió a sentirse dueño de la viril entereza de su carácter. Sin vacilar, con voz firme, dio orden de aperar el zaino y se dirigió a don Justo Reales:

—Según he sabido hace un rato, la gente del quinto estaba reunida esta mañana en la esquina del *Trompezón*. Sabe Dios por qué motivo no han venido. Me voy para allá. Son las once y media; a las dos puedo estar de regreso. Si traigo a la gente, todo está resuelto y si vuelvo solo —aquí acentuó la energía de su frase— siempre nos queda tiempo para jugar el todo por el todo. Usted, entre tanto, dirija la votación y no afloje.

El anciano movió la cabeza.

—En dos horas y media, usted no va al *Trompezón* y vuelve. Son nueve leguas entre ida y vuelta... y a la siesta. Pero no podemos dejarnos

ALEJANDRO KORN

correr y más vale resolernos ahora mismo. Yo nunca he perdido una elección.

La imagen de María surgió a los ojos del joven y conmovido ante la proximidad del conflicto, exclamó:

—No, señor, déjeme ir. Le prometo estar de vuelta a las dos. De todas maneras hasta las tres podemos esperar. Nada se pierde con hacer el ensayo y las consecuencias de un choque sangriento no pueden preverse.

—Es inútil, hijo —replicó don Justo—, usted va a dar este galope sin provecho. No es posible que la gente esté todavía reunida y pueda venir. Pero en fin, Dios lo acompañe. Yo lo espero hasta las tres.

En la hora del peligro el viejo Reales recobraba los bríos de su juventud. De jefe nominal en los consejos, sobre el campo de acción tornábase de nuevo el caudillo de antaño. Al fin era su misión responder con su fortuna, su nombre y su pellejo de las barrabasadas ajenas.

Juan Pérez clavó el espolín en los ijares del zaino y partió rumbo al quinto. En el espíritu del joven una impresión había desalojado a la otra con inusitada violencia en el breve espacio de pocas horas. Por la mañana sólo le había preocupado el triunfo en el comicio, luego éste le pareció secundario ante la necesidad de salvar su responsabilidad y ahora cruzaba el campo para evitar el desborde de la fuerza y salvar del inminente peligro a su adversario. La dulce esperanza acariciada en el fondo de su pecho se desvanecía para siempre si llegaba a salpicarle una gota de sangre. Para salvar su amor, para salvar el cariño de la mujer amada, en ansiosa carrera devoraba la distancia y

JUAN PÉREZ

concentraba en un supremo esfuerzo todo el resto de su energía.

El zaino compartía las aflicciones de su jinete. Jadeante de fatiga, cubierto de sudor, batía sin tregua la tierra estreñida por la sequía y una nube de polvo se alzaba de la huella de sus cascos. El horizonte deslumbraba con resplandor hiriente y sobre los rastrojos y los cardales brillaba el aire en vibraciones luminosas. Los ojos se rendían fatigados al exceso de luz y los rayos del sol taraceaban la piel con el rubor de la quemadura. Nube alguna empañaba la claridad del firmamento y sólo en vaga lontananza hacia el sud, alzábanse como picos de distantes cerros, masas cenicientas inmóviles al parecer. Allá lejos amagaba la tormenta.

Después de media hora de ininterrumpida carrera, Juan Pérez se dio cuenta que si seguía con semejante empuje iba a aplastar su caballo, mucho antes de llegar al *Trompezón*. El mismo desfallecía de cansancio, sentía seca su garganta, sin saber si era de sed o de sofocación interna, y junto a una cuadrilla de peones ocupados en la trilla, sujetó el caballo, para pedir un poco de agua. A la misma margen del camino se levantaba una parva enorme y, a pesar de ser domingo, el motor rugía y la trilladora hacía su faena con el sordo estruendo del complicado engranaje. La cosecha no tiene día de fiesta: apura la máquina obligada a explotar la breve temporada de trabajo, apura la lluvia que amenaza, apura la vía férrea con escaso material rodante, apuran las obligaciones próximas a vencer. Y los foguistas queman rimeros de paja para levantar el vapor de la caldera, el aceitero lubrica uno por uno cada eje y seis horquilleros en incesante brega arrojan las espigas a las fauces de la

A L E J A N D R O K O R N

insaciable trituradora. Semidesnudos, con los rostros enrojecidos, envueltos en sudor y polvo, mantienen el equilibrio encaramados sobre la cumbre de la parva y con brazo vigoroso lanzan la carga de sus horquillas. Allí acosa el trabajo con furiosa rabia y a duras penas se roba el instante preciso para entonarse con un trago de aguardiente. Ajenos a la bulliciosa actividad sólo dos bueyes esperan pacientes, sin dejar de rumiar, que se acumule el gran montón de paja para arrastrarlo a distancia. En tanto el grano en suave y continua corriente se desliza limpio a las abiertas bolsas. Setenta kilos englute cada una y medidas en robustos brazos, de la máquina van a la balanza, de la balanza al carro y parten para la estación del ferrocarril. Mañana quizás ya flotarán sobre las aguas del Río de la Plata con destino a lejanos países.

Sin embargo, en aquella batahola de gentes afanadas, de máquinas rugientes, de carros y caballos, el día festivo había puesto una nota alegre. La esposa del chacarero, endomingada y seguida de su prole, chillona en voces y colores, había acudido también a contemplar el espectáculo de la trilla. El mayor de los hijos estaba en la parva y el menor se aferraba a los pechos de la madre. Ella fue quien le alcanzó agua a Juan Pérez, pues los varones estaban demasiado ocupados para atenderlo. Pero mezcló el agua con caña para evitar que al joven agitado le diera el pasmo.

Bebió Juan Pérez y continuó la marcha. El primer rayo de alegría le llegó al alma, cuando desde lejos pudo distinguir un compacto grupo de caballos en los palenques de la pulpería. Por lo menos la gente no se había dispersado y ya abrigó la seguridad de poder llevarla al comicio.

JUAN PÉREZ

Cuando con profunda sorpresa don Melitón divisó al jinete, se consideró perdido e imaginó disculparse con algún pretexto. Pero Juan Pérez se había apeado con rapidez y el alcalde, por su gesto y ademán, previó la ineficacia de toda explicación. El joven avanzó sin hesitar en derechura hacia el alcalde con la azotera del rebenque envuelta en la mano derecha y, en presencia de esta actitud, el paisano fingió arreglarse las bombachas. Usaba el cuchillo en la caña de la bota. Una sola vacilación, la fracción de un segundo, importaba jugar la vida. Pero de improviso, en el silencio mortal que a todos sobrecogió, se escuchó el golpe seco del talero sobre el cráneo del alcalde y éste rodó por el suelo con el semblante bañado en sangre.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó Juan Pérez—. Don Melitón los ha vendido como majada sarnosa. ¡A caballo! Quiero ver quién en este día me deja en la estacada.

Todo el mundo obedeció. Pocos momentos más tarde, en apretadas filas, el grupo se encaminaba al pueblo. Don Melitón, en efecto, no había sabido resistir a las exigencias de su antiguo patrón, el señor O'Ry. Después de negociaciones interminables se comprometió a no concurrir a la elección y en cambio había aceptado —para complacer a don Patricio— unas cuantas lecheras de la renombrada cría de *Los Nogales*.

El "Churrinche" había sido el intermediario de aquel arreglo. A fin de no despertar sospechas, el alcalde hasta la víspera había desempeñado su papel con aparente lealtad, pero concentrada ya la gente en la esquina del *Trompezón* demoró la partida con diversos subterfugios, para luego declararla inútil. La codicia de los pulperos y la afición de

los paisanos al juego, había impedido sin embargo la dispersión. A las dos y cuarto, Juan Pérez entraba al pueblo con un grupo de setenta votantes. La satisfacción del éxito se sobreponía al consancio de la dura jornada. Dejó el joven avanzar la columna y al paso del noble zaino siguió a distancia la última fila, contento de haber cumplido su deber. Pasó en tanto, el grupo, por frente a la casa de misia Manuela Torres y cuando se disipó la nube de tierra, Juan Pérez con sorpresa vio a María O'Ry en el cordón de la acera, en actitud evidente de esperarle. Desagradó a Juan Pérez este encuentro, porque el estado de su indumentaria no era precisamente el más a propósito para presentarse ante la dama de sus pensamientos y su montura nada briosa tenía el aspecto de un viejo jamelgo. Predominó, empero, con rapidez en su ánimo, el placer de poder saludar a la mujer, por cuyo cariño había afrontado las pruebas morales y físicas de aquel agitado día. Al fin, cuanto había hecho no era sino un homenaje a la mujer elegida y se sintió confortado de que aun en aquel día de lucha saliera a su paso para saludarle. Irguióse, pues, y buscó la apostura más varonil para pasar con un respetuoso saludo delante de María, cuando ésta, con un leve movimiento de cabeza, le hizo seña de aproximarse.

—Lo llamo —le dijo— para un empeño. Haga poner en libertad a Gabino García.

—Así se hará y le agradezco la ocasión de poder servirle.

—¿Las elecciones terminarán en paz? ¿Papá no corre ningún peligro?

—Ya no, María.

J U A N P É R E Z

—Gracias, Pérez. Usted está muy ocupado hoy, no pienso distraerlo más.

Pero Juan Pérez tuvo la intuición de que la dicha le sonreía en aquel fugaz instante.

—María, usted me prometió una contestación, cuando nos volviéramos a encontrar. El plazo ha vencido.

—Pero no, Pérez, éste es un encuentro casual, cuando nos veamos con tranquilidad, no aquí en la calle.

—No María, esas son evasivas, la promesa es sagrada. Diga sí, diga no.

La joven clavó la vista en Juan Pérez y vio complacida cómo la expresión del semblante y el brillo de los ojos surgía a pesar del polvo y el sudor.

—Buen mozo está usted para pretendiente —dijo ella, sonriente, y le alcanzó una rosa entreabierta que llevaba sobre el pecho; pero la emoción que pretendía disimular le humedeció los ojos.

Juan Pérez continuó su camino, el alma inundada de inmenso júbilo. Ya todo se despejaba, ya nada temía. Seguro del amor de María se le hacía fácil salvar los obstáculos de la ruta.

En actitud soberbia penetró en el atrio donde el comicio seguía lánguido y decaído. Su presencia, la llegada de la gente del quinto, ocasionó un cambio rápido. En el círculo oficial los ánimos deprimidos por la larga espera reaccionaron con exceso, ya dueños de la elección. A su vez la oposición, engreída hasta aquel momento, se sintió abatida en presencia de aquel inesperado revés y quebrado su vigor moral se dejó arrollar y se resignó a la derrota como ante un hecho fatal. No tuvo ya ni energías

para contrarrestar en parte los efectos del desastre.

Juan Pérez, en el centro del atrio, embriagado por el éxito, el chambergo en la nuca, el traje en el desaliño propio de la violenta excursión, en el puño el rebenque manchado de sangre, disponía a su antojo de las mesas. Votaron los setenta hombres del quinto, votaron otros tantos con nombres supuestos, la oposición mustia y desconcertada abandonó el comicio; llegaron las cuatro.

En las urnas abiertas se sustituyeron cien boletas de una lista con igual número de la otra y se proclamó el escrutinio: 432 votos por el candidato oficial, 115 por la oposición. Las bombas y los cohetes estallaron en los cuatro ángulos de la plaza.

Recordó entonces Juan Pérez el pedido de María y buscó con la vista al comisario para pedirle la libertad inmediata del "Churrinche", pero observó con extrañeza una aglomeración de gente del otro lado de la plaza. En efecto, con el estruendo de las bombas no había podido darse cuenta de una descarga ocurrida en la comisaría.

El "Churrinche" había pasado el día profundamente irritado por no poder estar al lado de su patrón, circunstancia que le molestaba tanto más cuanto la atribuía a su propia imprevisión. Don Patricio le había mandado un trozo de carne con cuero y un poco de vino, pero el veterano había obtenido mayor cantidad de la complacencia de sus guardianes. Cuando a las cuatro escuchó el estampido de las bombas y supo la victoria de los contrarios, semi ebrio se alzó con un garrote y atropelló la guardia para dirigirse al portón de salida. El centinela percibió la actitud agresiva del

J U A N P É R E Z

paisano, levantó la carabina y le atravesó el pecho de un balazo. Los otros agentes policiales acudieron con rapidez, desenvainaron los machetes y le ultimaron a golpes. Así murió el "Churrinche". —¡Viva Mitre! —exclamó, antes de expirar, el soldado del Boquerón y de Curupaytí.

Con este epílogo sangriento terminó la jornada.

CAPITULO QUINTO
HACIA EL CAMPO ABIERTO

*¿Concibes un amor, que no se extingue
rayo sublime que de Dios emana
una razón intensa y taciturna
como explicar no puede la palabra?*

ALBERTO NAVARRO VIOLA.

J U A N P É R E Z

Juan Pérez despertó el lunes sin sentirse repuesto de sus fatigas por el descanso de la noche. Los acontecimientos del día anterior, en sus múltiples vaivenes, habían postrado al joven. A pesar de la extenuación física y el agotamiento nervioso, no había logrado sino un sueño interrumpido por pesadillas y fantásticas visiones. Y no fueron los episodios de la elección, ni la divagación de sus pensamientos amorosos los motivos del insomnio. Al contrario, por una extravagancia de los sueños, no lo habían dejado dormir el estruendo de la trilladora junto a la cual se había detenido un instante y el recuerdo de la mujer que con el niño a los pechos, le había alcanzado agua para apagar su sed. Estas imágenes fugaces en las cuales no había fijado su atención durante las agitaciones del día, abstraído por las preocupaciones del momento, se apoderaron en la noche con furiosa pertinacia de su cerebro para torturarle con tenacidad hiriente. Tan pronto le recordaba el bullicio de la trilla en su conjunto, tan pronto percibía detalles insignificantes, que habían escapado a su observación y ahora surgían espontáneos en el horizonte de su conciencia. Por fin, hacia la madrugada un profundo sopor calmó sus ansias, sin devolver, empero, al espíritu y al cuerpo las perdidas fuerzas.

Al tomar el segundo mate, Juan Pérez se encaró con su asistente:

—¿Con qué yerba has cebado este mate? ¡está insoportable!

—Con la yerba de siempre, señor, no he comprado nueva.

—Entonces es descuido tuyo, está feísimo.

—Así será.

—¿Llueve?

A L E J A N D R O K O R N

—Es temporal; ha llovido toda la noche, pero ahora garúa.

—No quiero más mate.

El asistente fingió retirarse, pero en la puerta se detuvo y dijo con cierta hesitación:

—Señor...

—¿Qué hay?

—El zaino amaneció muerto en la estaca. No probó el maíz del morral. Debe haberse pasmao.

—Está bien. Vete.

Una profunda tristeza invadió el ánimo de Juan Pérez. Pasaron por su mente todos los acontecimientos de la víspera; todos los hechos sobrevenidos desde su salida de la escuela rural se agolparon en su recuerdo y en melancólico abatimiento recapituló los resultados de su esfuerzo. Cuatro meses de incesante afán, en continua tensión del cuerpo y del alma, habían dado la medida de su energía, relieve a su personalidad y un caudal de experiencia a su criterio. Pero al recordar la causa que había servido, los colaboradores que había soportado, las bajezas toleradas y el fraude final con que se había coronado su obra, sintió lástima de sí mismo, y se hizo reproche por haber malgastado sus fuerzas en una tarea indigna y estéril. Para mayor desventura dejaba un cadáver en el camino, un muerto, cuya sombra venía a interponerse entre él y el hogar de la mujer querida. Por un momento había experimentado la felicidad de saberse correspondido, mas ahora volvían a agobiarle nuevas dudas unidas al remordimiento. ¿Sabría acaso mantenerse firme esa niña, frente a los cargos y sarcasmos que escucharía sobre el hombre en quien había puesto su fe? Era muy difícil que ella pudiera resistir y arrostrar el enojo del padre

J U A N P É R E Z

y la difamación que se aglomeraría sobre el nombre de Pérez y para distinguir, a través de sus faltas verdaderas y de las supuestas, que se acumularían, el fondo noble de su carácter. Al ver desairado su último pedido ¿no lo atribuiría ella misma a negligencia o maldad?

Y él, Pérez, ¿qué haría? ¿Volver otra vez a la secretaría de la Intendencia a despachar guías y vigilar los titulados intereses políticos de la gavilla oficial? A semejante pensamiento, el asco le anudó la garganta. En fin, don Justo Reales no tenía otro defecto sino su fatua ignorancia, pero aquellos que lo explotaban concluían por contagiar a todos con su degradación. ¿En quién confiar, por otra parte? Su mejor hombre, en quien había puesto su confianza, el alcalde del quinto, ¿no lo había traicionado? Después de todas sus divagaciones, empero, el pensamiento de Pérez volvía a su preocupación fundamental: dejar su empleo, salir de Huitel, buscar otro campo para su actividad, eso no le era violento; pero renunciar a su amor, eso era imposible. ¿Por qué, por qué había de pasar también por semejante prueba? Besó la flor recibida la víspera y al contemplarla marchita, le invadió el temor que también se hubiera marchitado el sentimiento que inspiró el obsequio y se hubiera desvanecido como el perfume de la entreabierta rosa.

Acercóse Juan Pérez a la ventana para mirar el día y le halló gris y turbio como el estado de su alma. Las calles durante la noche se habían convertido en extensos fangales y una garúa fina colmaba la atmósfera de desapacible humedad. A pesar de sus hondas preocupaciones se le ocurrió a Pérez pensar si la trilladora habría concluído con la parva, antes de sobrevenir la lluvia, como si la

idea fija de sus ensueños tornara a apoderarse de su mente. Pero no, el recuerdo de María, de su sonrisa, de sus ojos húmedos, volvió a imponérsele y concibió la necesidad de proseguir la lucha, por ella. Sin embargo, la lasitud inmensa de su espíritu no se prestaba a formalizar una resolución; su voluntad anonadada por el esfuerzo prolongado y violento no fijaba ya rumbo a su ánimo y con pasiva resignación se abandonó Juan Pérez al imperio de las reflexiones tristes. Todo examen de conciencia desalienta. Mientras Juan Pérez se hallaba entregado a sus meditaciones, víctima del relajamiento moral, a cuya influencia no es posible escapar después de las grandes conmociones del alma, en el pueblo de Huitel y en el seno mismo de la fracción oficial ocurrían sucesos imprevistos, aunque lógicos. El asesinato del "Churrinche", la herida grave de don Melitón y el escandaloso fraude electoral eran objeto de apasionados comentarios por parte de las gentes, sobre todo en el centro urbano, de suyo hostil al gobierno local. Los derrotados de la víspera, los mismos que silenciosos y resignados abandonaron el atrio en el momento decisivo, ahora alzaban la voz, se congregaban en corrillos, redactaban protestas y fatigaban los hilos del telégrafo con reclamos a todas las autoridades y despachos a todos los periódicos, a fin de dar a los sucesos ocurridos la mayor trascendencia y repercusión. El entierro del "Churrinche" suministró a los opositores la bienvenida oportunidad de hacer un despliegue aparatoso de sus numerosos elementos y el cadáver del desgraciado paisano se convirtió en un espectro mucho más temible de lo que fuera jamás en vida. Los oradores del caso se despacharon a su gusto y don Arístides, en una

J U A N P É R E Z

arenga fogosa, celebró al extinto como un dechado de virtudes cívicas. Todas las iras, los cargos y los apóstrofes, naturalmente, se dirigían contra Juan Pérez, como si fuera el único culpable y el factor consciente y siniestro de todos los males.

Estas explosiones de la opinión pública de Huitel adquirirían proyecciones más graves a consecuencia de hechos, que en acción paralela se desarrollaban dentro del círculo oficial. Los espíritus pequeños, los timoratos e indecisos, condenados a silencio en los días de lucha, creían que ahora les había llegado su hora y que, desvanecido el peligro, tocáballes su turno. El imperio exclusivo ejercido por Juan Pérez en los últimos tiempos había sido tolerado frente al enemigo en obsequio a la disciplina necesaria para el éxito, pero muy pocos podían desear que también en tiempos normales continuara el predominio del joven engreído por el triunfo. Carecía de objeto la victoria si no se la podía explotar con tranquilidad en beneficio de los afiliados al bando oficial. Y para ellos Juan Pérez tenía un grave defecto: personalmente no se había complicado en ninguna dilapidación y si había contemporizado con alguna, parecía obedecer solamente a necesidades políticas, pero sin ánimo de permitir las en adelante. En efecto, en tiempo de paz sería molesto un jefe tan autoritario, ya que al fin, el círculo oficial también profesaba principios democráticos. En la secretaría de la Intendencia, al lado de don Justo Reales, convenía un espíritu dúctil, práctico y servicial, un cómplice en una palabra, no un censor. Prestaban fuerzas a estas consideraciones, más de un amor propio resentido, más de una pretensión desdeñada y sobre todo la envidia por largo tiempo contenida. El estímulo eficiente, en

fin, partía de la aspiración a ocupar la vacante de Juan Pérez. El tinterillo de la comisaría se había hecho cargo de esta misión e iba de uno a otro para explicarle que era imposible mantener a Juan Pérez en la secretaría y que él era hombre mejor dispuesto para interpretar las funciones del delicado cargo a satisfacción de los amigos. Por otra parte incitaba al comisario a salvar su responsabilidad en los hechos del domingo, para lo cual le parecía el mejor medio un sumario estricto sobre el atropello cometido con el alcalde del cuartel quinto.

Sin duda alguna, si bien estas pasiones no habrían tardado en manifestarse, no hubieran estallado, sin embargo, con tanta rapidez a no mediar el ambiente propicio creado por la indignación popular. En estas circunstancias, la eliminación de Juan Pérez adquiriría los contornos de un acto político. Se ofrecía una satisfacción al sentimiento general; la calma apaciguaría los espíritus exaltados y el círculo oficial se desvinculaba del hombre funesto, blanco de todos los odios, para cargar sobre su cabeza los pecados comunes. Tanto mejor, si de paso se satisfacían rencores secretos del mismo círculo. Cuando el buen vecindario festejara la caída de Juan Pérez, a las ruidosas expansiones de su triunfo, podría mezclarse la íntima alegría de los compañeros de la víspera, regenerados y dignificados con el repudio del pecaminoso.

Antes del miércoles maduraron estos propósitos y en este día se presentó una numerosa delegación en el domicilio de don Justo Reales y le exigió la separación de Juan Pérez del puesto de secretario de la Intendencia. Todos los peticionantes invocaron razones de orden público. El almacenero don Juan Francisco Alonso a título de represen-

JUAN PÉREZ

tante del alto comercio de la localidad, expresó los agravios de la parte conservadora y reposada del vecindario. Su palabra, como su persona, eran de peso. El honrado traficante tenía en sus depósitos una regular cantidad de cueros sin orejas y necesitaba ciertas liberalidades en la expedición de guías; desdeñó, sin embargo, invocar este argumento y con entera prescindencia de sus intereses personales se ocupó tan sólo con vivísima expresión de las conveniencias del municipio, que debían sobreponerse a todas las consideraciones de orden privado. No olvidó dejar constancia del profundo sentimiento con que había visto los extravíos del joven Pérez, a quien apreciaba y cuya separación sentía verdaderamente. Con su discreción habitual silenció que el joven Juan Pérez jamás le había solicitado préstamo alguno y que desde luego carecía para con él de medios de coerción.

Don Justo Reales, después de haber agotado en larga discusión su resistencia, concluyó, como de costumbre, por ceder y sólo puso por condición que a Pérez no se le abriera causa por las lesiones del alcalde don Melitón. Con esta cláusula el débil anciano quería acallar los reproches de su conciencia; hizo también propósito íntimo de ayudar privadamente a Juan Pérez.

Para comunicar la resolución adoptada a Juan Pérez, se comidió espontáneamente el tinterillo, dispuesto a exigir la renuncia o intimar la destitución. A su juicio los procedimientos urgían, porque era necesario rendir homenaje a la opinión pública. Acto continuo se trasladó, pues, al domicilio de Juan Pérez, quien le recibió sonriente, pero sin levantarse de su asiento ni ofrecer otro al recién llegado.

—¿Qué se le ofrece?

El tinterillo, de pie, intentó exponer el objeto de su misión con circunloquios incoherentes. Juan Pérez no le dejó terminar. Había adivinado.

—¿Usted viene por mi renuncia? Ya está ahí, en ese sobre. Como no tengo sirviente, puede llevarla usted.

—Muy bien, gracias, agradezco, quedo muy agradecido... Yo, señor Pérez, vea, siento mucho esta resolución y he hecho el mayor empeño para que el comisario no levantara sumario por lo del *Trompezón*.

—No esperaba otra cosa de usted.

—Si en algo puedo servirle...

—Sin duda alguna, retirándose. Disculpe que no le dé la mano porque amo la pulcritud.

El tinterillo se marchó. En la puerta de calle adoptó un aire de suficiencia como quien acaba de realizar con éxito una ardua empresa.

A Juan Pérez no le había causado sorpresa la visita. La había previsto: el retraimiento de todos sus amigos después del domingo, la frialdad de aquellos a quienes por acaso encontraba en su camino habíanle prevenido y revelado la existencia de una palabra de orden, por todos acatada. Esta conspiración, cuyo objeto pronto esclareció, no le había impresionado demasiado. Se limitó a agregar esta nueva experiencia a las ya recogidas; tenía resuelto abandonar su empleo e irse de Huitel y habría considerado como un castigo insoportable la obligación de continuar al servicio de la agrupación oficial. Desde luego se anticipó a escribir su renuncia a la espera del pedido y sin asombro recibió el mensaje del tinterillo. Cuando éste se

presentó, Juan Pérez había liquidado su situación pasada y libre e independiente, dueño de sus acciones, esperaba para fijar su actitud futura la solución del único problema que en el mundo le interesaba. Estaba en la disposición serena de un hombre que, libre de vacilaciones y ambigüedades, ha formado su juicio meditado y definitivo. Cabían dos posibilidades: en el caso favorable buscaría trabajo, resuelto a alzar con su labor honrada los cimientos del futuro hogar; en el caso contrario no urgía la decisión, porque todo le sería indiferente. Pero hoy mismo saldría de estas dudas.

María O'Ry, detenida desde el domingo por el temporal y el estado de los caminos, no había regresado a la estancia y permanecía aún en casa de Misia Manuela Torres. El joven le había escrito. Una carta sencilla, sin extremos apasionados, pero con la expresión franca de sus sentimientos y con el pedido de ratificar la actitud del domingo o de aceptar la libertad que le devolvía si le consideraba indigno o tenía otras causas para desistir del compromiso contraído. Cuando el tinterillo acudió por la renuncia de Juan Pérez, éste se hallaba a la espera de la contestación a su carta y preocupado por el magno asunto, bien mezquinas le parecieron las diligencias de su reemplazante.

María no había pasado esos días sin soportar una lucha interior. Ella amaba a Juan Pérez con toda la sinceridad de su carácter, difícil de determinar, pero una vez resuelto, firme y constante. El día de las elecciones había exteriorizado su pensamiento en una forma que, conscientemente, la ligaba de manera definitiva y desde aquel momento se consideró como la prometida del joven. Con sorpresa se había dejado arrastrar a aquel paso,

sugestionada por la fascinación del instante, pero no de un modo irreflexible, pues de tiempo atrás estaba decidida a aceptar a Pérez y si había rehuído la confesión de su cariño, no se arrepentía de haberla dejado escapar. Muy luego habían sobrevenido los acontecimientos fatales de la elección, la muerte del "Churrinche", cuya libertad había solicitado y el diluvio de indignados cargos contra el joven. El hombre en el cual había fijado su afecto era en aquellos días el objeto de las diatribas más violentas y se le atribuía un cúmulo tal de maldades como María jamás había escuchado decir de nadie. No era extraño que dudas y vacilaciones labraran el alma de la joven, que en aquel trance carecía de un seno amigo donde hallar consuelo y consejo. ¡Cuánta falta le hacía la palabra cariñosa de la madre y con cuánta amargura lamentó su temprana orfandad! Los días transcurrieron en una lentitud insoportable y ninguno llevaba a su espíritu el rayo de luz que debía iluminarla, hasta que, en semejante estado de ánimo, le llegó la carta de Juan Pérez y le impuso la necesidad de una contestación clara y neta.

En presencia de la resolución más trascendental de su vida la joven renunció entonces al criterio de la razón, que no había sabido darle la solución del problema y no escuchó sino la voz de sus sentimientos. El instinto de la mujer triunfó. Aceptó con profunda y humilde resignación el destino que el cielo le deparaba, resuelta a apurar hasta sus últimas consecuencias el acto consagrado por su decisión incommovible. Esa era la ley de su existencia y la acató con plena convicción de sus deberes como la mujer que se dispone con el mismo ánimo a seguir al esposo de su elección en la escala

JUAN PÉREZ

ascendente de la fortuna o a lavar pañales en una desvencijada batea criolla.

Cuando los adversarios le abrumaban a denuestos, cuando los amigos le abandonaban, aquella niña puso el afecto de su casta inocencia en el hombre vilipendiado y ella sola, frente a la defecación unánime, mantuvo la fe de su palabra.

Llegaron al oído de María los estallidos de las bombas y el eco de las músicas con que el pueblo alborozado festejaba la destitución del secretario. Cuadrillas de pilluelos armados de tachos pasaban con ruido infernal por la calle cuando ella tomó la pluma para contestarle a Juan Pérez. Sus rasgos no acusaban ninguna vacilación.

“Estimado Pérez:

“Por ausencia de papá no me ha sido posible mostrarle la carta, que de usted he recibido, pero cumpliré con este deber en la primera oportunidad. No he querido, sin embargo, demorar mi contestación, porque la tengo resuelta y considero que ninguna reflexión logrará modificarla. Mantengo mi palabra y no rompo el compromiso que ante Dios y mi conciencia contraigo. Le adjunto una medalla de la Virgen de Luján, para que la lleve en mi nombre y le acompañe al amparo de la fe. Al decir mis oraciones no dejaré de recordarle.

“Por ahora no conviene que nos veamos. Siga usted adelante con plena confianza, disponga de su porvenir y cuando considere llegada la hora, venga en busca de su

María”.

Con temblorosa emoción leyó Juan Pérez esta carta, besó la imagen sagrada y la dicha inmensa

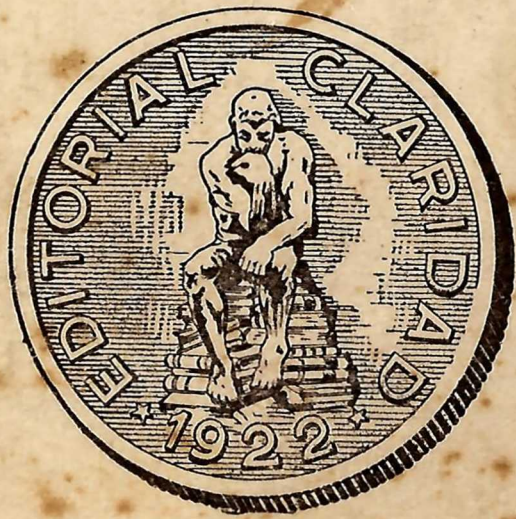
no cupo en su pecho, no cupo en la habitación y salió el joven a respirar el aire libre en campo abierto. Todavía cubrían las nubes el cielo, pero ya hacia el oeste brillaba en anchos claros el límpido azul. Pérez no escuchó los silbidos que le saludaron desde el "Café de la Libertad", no hizo alto en los gritos de los muchachos que le seguían como una bandada de benteveos. Con el sombrero en la mano, continuó a la ventura su camino, hasta llegar a las afueras del pueblo.

En ráfagas cada vez más poderosas el viento le batía el rostro y levantaba el cabello, pero aquel aliento de la pampa le colmaba de vida y le animaba con vigoroso empuje. Con rapidez arrolladora aumentaba la violencia del vendaval. Un instante luchó con el follaje de los árboles: las últimas gotas de lluvia escondidas en los álamos se desgranaron, los sauces tendieron sus largas crenchas, silbó el huracán en torno de las crujientes viviendas de los hombres y, como un titán desencadenado se abrió pasó hasta la llanura, majestuoso, imponente y sereno. Con amplio gesto, con soberano desdén barrió las nubes del cielo, las miasmas de la tierra y los pesares del alma atribulada. En el zumbido sonoro de su voz vibraban todos los ecos de la vasta extensión: el bramido de los rebaños, el susurro de los maizales, el sordo crepitar de los rastrojos, el estremecimiento de las fuerzas secretas e ignotas que agitan el corazón humano y el seno fecundo de la patria, hasta confundirse en el himno soberbio del trabajo y de la virtud. Y en pleno pampero, despejada la frente, Juan Pérez, fuerte y viril, aspiraba con dilatado pecho las bocanadas de aire y se sentía consagrado de nuevo al batallar de la vida.

El día 9 de octubre de 1963,
a los 27 años de la muerte
del Maestro Alejandro Korn,
se terminó de imprimir este
libro en los talleres de la
EDITORIAL CLARIDAD, S. A.,
San José 1621/45. -- Bs. Aires.







\$ 1.00



**ALEJANDRO
KORN**

**JUAN
PEREZ**

**NOVELA
INEDITA**



**BUENOS
AIRES**

